

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus qui tam strenue religionis, et
justitiae partem tuendam suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confir-
met.—Pío IX al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias, 17 rs. al mes y 50 por trimestre en casa de los
comisionados y 15 rs. el mes y 42 al trimestre en la Administración.—En el Extranjero, 70 rs.—En Ultramar, 90 re-
ales trimestre.—La Administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, Pelayo, 38 y 40, principal de la derecha.—Provincias: En los
puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Tait-
bout.—Manila: D. Cirilo Rivera, calle de Anda, número 5.—No se devuelve ningún manuscrito.

ASAMBLEA REPUBLICANA.

Extracto de la sesión celebrada el día 14 de Julio
de 1873.

Se abrió a las tres y media, bajo la presiden-
cia del Sr. Pedregal.

Se aprobó el acta anterior por 101 votos.
El Sr. GARCÍA GIL apoyó una proposición
referente a la representación en juicio sin nece-
sidad de procuradores.

Fue tomada en consideración.
El Sr. SORNI presentó a la Cámara una ex-
posición de los comandantes de los voluntarios
de esta capital, en que se ofrecen al sosteni-
miento de la República y del orden.

El Sr. GARCÍA MARTÍNEZ defendió otra
proposición para que organicen los diputados
en sus distritos batallones para defender la
República y batir a los carlistas.

Fue tomada en consideración por 50 votos
contra 12.

Se dió cuenta de otra concebida en estos
términos:

«Pedimos a la Asamblea que sirva acordar que
el Gobierno debe presentarse a dar explicaciones
del estado de la provincia de Murcia en lo
que al orden público se refiere, y de la condu-
ta de las autoridades de la capital.

Palacio de las Cortes 14 de Julio de 1873.—Jo-
sé Prefumo.—José Jimenez Mena.—Modesto
Martínez Pacheco.—Juan Martí y Tarrats.—To-
más Pérez.—Eduardo Sánchez.»

En su apoyo dijo:

El Sr. PREFUMO: Nunca he sido dueño de la
palabra, y menos podré serlo hoy, agitado como
se encuentra mi espíritu por la más profunda
pena y por la más grande indignación. Repre-
sentante de uno de los distritos de Murcia en
el partido judicial de Cartagena, veo a aquel
pueblo levantarse contra la Asamblea y contra
el Gobierno; veo aquel pueblo tan sensato, tan
comedido, tan cuerdo tan liberal, que hoy se le-
vanta contra la libertad y contra la República;
y cuando quiero inquirir la causa, se aumenta
mi dolor al considerar que era ya de antemano
conocida por el presidente del Gobierno que se
sienta en ese banco, y que no se encuentra en
su sitio a pesar de que le he hecho saber que
tenía que hablar de estos sucesos. Creo, pues,
que estoy en el derecho de decir lo que ese
presidente ha hecho y lo que no ha hecho en el
asunto de que se trata:

Desde la apertura de la Asamblea, y antes
aun de la apertura, he estado al lado de la po-
lítica que representaba el Sr. Pi en aquellos
tiempos en que una parte del partido republi-
cano le combatía. Yo no podía creer que el se-
ñor Pi, cuando la República había llegado a
plantearse por la política que hemos sostenido,
viniera a dar el triunfo a aquellos elementos
que habían seguido otra distinta y que lo ha-
bían censurado; pero, por lo visto, el Sr. Pi se
inclina por ese derrotero.

¿Cómo han venido los sucesos de Cartagena?
En la mañana del 12 unos cuantos republi-
canos, por no llamarles de otro modo, se propu-
sieron destituir al ayuntamiento que funciona-
ba allí, y que era el mismo que al llegar don
Amadeo se negó a prestarle todo género de
homenaje, y que por este grave delito fue per-
seguido y encausado. Estaba compuesto de
hombres que habían trabajado mucho por la
República. No eran republicanos del día si-
guiente, sino de la víspera.

El ayuntamiento dijo que, como producto del
sufragio, se sostenía mientras tuviera fuer-
zas para ello. El señor ministro de la Goberna-
ción supo que en las primeras horas de la ma-
ñana del 12 había este movimiento en Cartage-
na, y al señor ministro de la Guerra le partici-
pó el gobernador militar de aquella plaza que
el alcalde y el ayuntamiento se ponían de su
lado. ¿Qué hizo el señor presidente del Poder
ejecutivo? Lo que suele hacer de ordinario: cru-
zar de brazos y mesarse la barba. Llegó a
Cartagena el correo salido de aquí en la noche
del 11, y con él un diputado de la minoría, que
se encargó de ponerse al frente del movimien-
to. El ayuntamiento seguía en la casa capitu-
lar, y en el piso bajo se instalaban los que que-
rían constituirse, y parece se han constituido,
en lo que ahora va siendo moda, en Comité de
salud pública. En la estación del ferro-carril el
alcalde de Cartagena comunicaba con el gober-
nador de la provincia, quien le previno que no
hiciera dimisión el ayuntamiento, que resistie-
ra, pero que evitara la efusión de sangre; de
modo que venía a hacer lo mismo que el señor
Pi: decirles que sí y que no.

Yo no sé, señores, que una insurrección se
reprima con bizcochos, y confites. Pero llega
ese gobernador a Cartagena a las cinco de la
tarde; se avista con la junta y con el Sr. Gal-
vez, diputado de la minoría, y después va a
avistarse con el ayuntamiento, y le dice que es
preciso que dimita y se retire; es decir, que por
no emplear la palabra destitución, el goberna-
dor separa al ayuntamiento, que estaba allí pa-
ra sostener el orden, nombrando para susti-
tuirle al comité de salud pública con el nom-
bre de junta municipal, quedando así encarga-
do de conservar el orden el diputado constitu-
yente Sr. Galvez. El gobernador da cuenta al
señor presidente del Poder ejecutivo, el cual le
sostiene en su puesto, y sólo tiene para él una
palabra: dice que ese gobernador ha sido débil.
¡Débil! Llamo a Sr. Pi a esta alveosa traici-
ción... (Rumores) Conozco que la palabra es
dura, y siento que no esté en su puesto, como
era de su deber, para recogerla, el señor presi-
dente del Poder ejecutivo. A esta traición, san-
cionada por el presidente del Poder ejecutivo,
no se contesta más... no diré con qué, por res-
peto al sitio en que me encuentro.

El señor presidente del Poder ejecutivo nos
dice siempre que orden y orden: ¿y qué hace
Sr. S. para sostenerlo? Estaban a las puertas de
Cartagena dos batallones del regimiento de
Iberia, y ese gobernador civil, que estaba ha-
ciendo la causa de la intransigencia y del des-
orden, no le da las autoridades militares y le
pide que no entren las tropas, porque habrá co-
pido. Es decir, si entran, no podrá imperar el
comité de salud pública, y no habrá tiempo de
que llegue quien ha de ponerse al frente de la
rebelión de aquel cañón, el Sr. D. Juan I, que
desde ayer impera en Cartagena. Las autori-
dades militares consultan, y el presidente del Po-
der ejecutivo guarda silencio y no dice que en-
tren las tropas para restablecer el orden. Así
es como ha venido Cartagena a la situación en
que se encuentra.

Y, señores, ¿ha sucedido todo esto por impre-
vision del Gobierno? Antes de que fuera allí el
gobernador, yo me acerqué al señor ministro de
la Gobernación para decirle que los anteceden-
tes del Sr. Atadil no convenían para aquella
provincia, pues no le permitían representar digna-
mente a la autoridad. «Ah! Sr. Prefumo, me
contestó el Sr. Pi, el Sr. Atadil ha cambiado, y
ahora es tan sensato, que el más benévolo sería
a su lado intransigente.»
Pues bien, el Sr. Atadil se encargó del man-
do de Murcia, y en lugar de entenderse con las
personas de orden, preside el comité de Salud
pública que también se formó en aquella capi-
tal al retirarse de aquí la minoría. Y vuelvo yo
a decirle al Sr. Pi que el gobernador de Murcia
no se ha enmendado, sino que es el domador
de antes, y el Sr. Pi me contesta que se infor-
mará. En efecto, escribe al gobernador, y éste
le dice que en este comité tiene amigos y los ha
visto, pero que nada tiene que ver con el comi-
té de Salud pública. El señor Pi dejaba correr
los sucesos, y ya habéis visto cómo ese gober-
nador se ha conducido en la cuestión de Cartage-
na. A lo que voy viendo, para el Sr. Pi es culpa
defender al Gobierno y los acuerdos de la
Asamblea. (Rumores) Siento que no esté Sr. S.
en ese banco, porque tendría Sr. S. que asen-
tir a los hechos que refiero; y si los hechos son
ciertos, sacad vosotros, señores diputados, la con-
secuencia; que la saque el país, y vea a qué ma-
nos está entregada esta desdichada nación.
(Fuerzas rumores.)

Qualquiera otro ministro de la Gobernación
habría separado a ese gobernador, aunque sólo
le hubiera considerado débil, para que mi es-
otra cosa, pues si Cartagena está hoy en la si-
tuación en que se halla, es por una traición alve-
osa de ese gobernador. Pero el Sr. Pi habla
mucho de orden y Sr. S. no lo hace. Todos ha-
bréis tenido ocasión de ir al ministerio de la Go-
bernación y habéis hecho largas antenas, mien-
tras el Sr. Pi tiene largas conferencias con
un diputado cuyo nombre puedo decir, porque
le veo en el salón. (Varios rumores diputados:
Que diga. Si, señores; como hoy vengo de-
cidiendo a jugar el todo por el todo y a denuncia-
rles son los que venden la República, la li-
bertad y la patria, he de decirlo, para que si ese
señor diputado quiere conservar su dignidad,
suba a su banco a defenderse, pues se trata de
cosas que tienen íntima relación con los sucesos
de Cartagena.)

Me lamentaba yo ayer en los pasillos de que la
conducta de algunos diputados republicanos lle-
vara al país al estado a que le ha conducido, y
reconvenía a un diputado diciéndole: «esta es la
consecuencia de haber ustedes abandonado la
Cámara»; a lo que él me contestaba: «Pues qué,
¿deseo Vd. que nosotros hemos abandonado la Cá-
mara para estarnos aquí fuera? Esa situación es
obra nuestra». Ese diputado era el Sr. Casal-
duero. «Pues es demasiado grave, le contesté yo:
porque he oído referir que los sucesos de Cartage-
na han amenazado con soltar el presidio
que se han sentado en aquellos bancos. (Se-
ñalando los de la minoría); que esto es solo pro-
ducto de la perturbación de su cerebro, porque
no creo que haya un hombre honrado y decente
que diga que hacen bien en soltar el presidio.
(Aplausos.)

Estoy viendo que Sr. S. no defiende causa nin-
guna, ¿pues qué causa ha de defenderse con los
galeotes de presidio? Si el Sr. Casalduero no se
levanta en su puesto para defenderse, está he-
cha la apología de quien esto sostiene. Y si su
señoría no viene, no importa; yo lo he dicho, y
ya saben la Cámara y el país de qué manera
van a dar la República federal los que se pro-
ponen soltar los presidios. (Grande agitación.)

El señor VICEPRESIDENTE (Pedregal): Orde-
nen los señores diputados.

El Sr. PREFUMO: He cumplido mi objeto
apoyando esta proposición; y como, de seguir en
el uso de la palabra no sé lo que diría, voy a
concluir, pues que tendré ocasión de reanudar
mi discurso si la presidencia cree que debe dar-
se lectura a una proposición de censura que he
presentado contra el presidente ausente del
Gobierno.

El señor VICEPRESIDENTE (Pedregal): En
la mesa no se encuentra la proposición a que se
refiere Sr. S.

El señor ministro de Hacienda tiene la pa-
labra.

El señor ministro de HACIENDA (Carvajal):
Señores diputados, en medio de las circunstan-
cias difíciles que en los momentos actuales
atraviesa el Gobierno; rodeado en todas partes
de enemigos y de contradicciones; ansioso en su
conjunto de realizar el bien de la patria bajo la
forma republicana; en los momentos mismos en
que grandes actos espontáneos de abnegación
se estaban realizando en su seno, cuando nues-
tra atención estaba siempre fija en la necesidad
de consolidar, bajo bases estables, el régimen
existente, y procurábamos traer a nuestro alre-
dedor todos los elementos para llevar a cumpli-
do término tan grande obra, sobreviene esta
hora de pasión, sobreviene esta hora de verda-
dero desconsuelo. Y si es cierto que hay dentro
de las palabras pronunciadas por el Sr. Prefu-
mo, dichas con el calor y el entusiasmo de un
hijo de Cartagena, cuya población en estos mo-
mentos es presa de una insurrección, algo de
difícil para nosotros, y para cuya defensa no
tenemos la autorización necesaria, también, se-
ñores diputados, habéis de haceros cargo de lo
supremo y solemne que es el deber.

Yo le cumplo aquí levantándome en nombre
del Gobierno a contestar a Sr. S. Este deber
también me lo impone un telegrama que tengo
en la mano. El presidente del Poder ejecutivo
dice en él que está ocupado en asuntos graves,
y me encomienda la penosa tarea de contestar
a las objeciones del Sr. Prefumo. Ocupado en
el telegrama por asuntos graves... (Un señor di-
putado: Está conspirando.—El señor ministro de
Ultramar: No está conspirando.)

El señor PRESIDENTE: Señores diputados,
dispénsame un momento el señor ministro de
Hacienda. Yo ruego a los señores diputados de
todos los lados de la Cámara que tengan el
bastante dominio sobre sí mismos para no di-
rigirse inculpaciones los unos a los otros, y que
reconozcan que la gravedad de las circunstan-
cias hace necesario que todos tengan un sólo
pensamiento, una sola aspiración, y dejarse lle-
var de un sólo propósito para la salvación del
país, para la salvación de la República y para
la salvación de nuestra honra, gravemente
comprometida.

Espero, pues, de todos los señores diputa-
dos, olvidando las palabras que han podido re-
sonar en este recinto, no vayan a agravar más
las circunstancias en que ese Gobierno, esta
Cámara, y sobre todo, el país, se encuentran.
El señor ministro de Hacienda puede conti-
nuar.

El señor ministro de HACIENDA (Carvajal):
No he de hacerme cargo, señores diputados, de
la interrupción que ha habido cuando estaba
hablando del telegrama y del señor presidente
del Poder ejecutivo.

En estos momentos, ya que es preciso decir-
lo todo, ya que es preciso revelarlo todo, ya que
no puede haber reserva en nada de lo que con-
cierna al Gobierno, en estos momentos hay gra-
ves indicios de que el orden se altera profun-
damente en Barcelona.

El señor presidente del Poder ejecutivo está
conferenciando con las autoridades del Princi-
pado, y esta es la razón, la verdadera razón de
que no se encuentre en su puesto de honor y
peli ro en estos momentos a quien se le ha
dirigido aquí tan graves inculpaciones; yo no
pretendía siquiera desfigurar la verdad para
defender al presidente del Poder ejecutivo, si
le considerase en una situación falsa y anor-
mal; mis palabras, pues, deben ser creídas por
la Cámara. El presidente del Poder ejecutivo
no puede en estos momentos moverse del telé-
grafo.

Hay en las palabras del Sr. Prefumo algo que
es personal, personalísimo, algo que concierne
al Sr. Pi y Margall, y algo que concierne al Go-
bierno; de lo primero no puedo hacerme cargo.
¿Cómo he de decir yo ni una palabra acerca de
lo que ha pasado en conversaciones privadas
entre el Sr. Pi y Margall y el Sr. Prefumo?

Acercar de este punto sería imposible que yo
pudiera cumplir con la orden que he recibido
del jefe del Gabinete a que pertenezco; yo no
estoy obligado más que a contestar sobre la par-
te política; que es más importante para la pa-
tria que la primera del discurso del Sr. Prefu-
mo. El Gobierno supo el día 12, ó mejor dicho,
el 13 del corriente, que se advertían en la po-
blación de Cartagena indicios de sedición; el
Gobierno dispuso en aquella misma noche que
partiera el ministro de Marina, señor Arrich,
que se ofreció personalmente a ir a sofocar la
insurrección, y solicitó marchar acompañado del
Sr. Prefumo; el Sr. Arrich partió sólo. Unas cuan-
tas horas antes había salido para Cartagena el
general Contreras. Las primeras noticias que
ha tenido el Gobierno han sido que este gene-
ral estaba al frente de la insurrección de Cartage-
na, y que se había formado allí el centro ó
cabeza del cantón federal murciano.

Estas son las noticias oficiales que tiene el
Gobierno; pero ha entrado el Sr. Prefumo en
una serie de consideraciones especiales de que
yo tengo que hacerme cargo.
Asegura el Sr. Prefumo que el señor presi-
dente del Poder ejecutivo tenía noticias de que
el gobernador había pedido la dimisión al ayun-
tamiento legítimo; el Gobierno no tiene conoci-
miento de semejante hecho. Asegura el señor
Prefumo que había constituido el comité de sa-
lud pública en ayuntamiento; el Gobierno no
tiene noticia de semejante hecho. Asegura el
Sr. Prefumo que el señor presidente del Poder
ejecutivo sabía que el Sr. Altadil, gobernador
de Murcia, había entregado el mando de la pro-
vincia al diputado Sr. Galvez; el Gobierno no
tiene noticia de este hecho. Asegura el Sr. Prefu-
mo que el señor presidente del Poder ejecu-
tivo sabía que el gobernador de la provincia
había dado orden de que no entraran tropas en
Cartagena; y como las tropas iban a Cartage-
na para entrar en Cartagena, y estas eran las
órdenes del Gobierno, debo asegurar al Sr. Prefu-
mo que tampoco tenía el Gobierno noticias de
este hecho.

Asegura el Sr. Prefumo que lo sabía el señor
ministro de la Gobernación, presidente del Po-
der ejecutivo. ¿Qué significa esto? ¿Qué quiere
decir esta acusación? ¿Cómo puedo yo decir
sobre mis espaldas el grave peso de responder
por datos ni antecedentes a estas inculpaciones?
Yo tengo la seguridad de que tan pronto como lle-
ga a noticia y conocimiento del Sr. Pi y Mar-
gall la acusación del Sr. Prefumo, vendrá aquel
a dar explicaciones a la Cámara. En cuanto a
mi, como individuo del Gobierno, como pertene-
ciente a este Gabinete, puedo asegurar que
no tengo antecedentes de que de esta manera
en términos tan desatentados, haya obrado el
gobernador.

La acusación del Sr. Prefumo respecto al se-
ñor Pi y Margall está precisamente cimentada
sobre estos extremos, tiene por base estos pun-
tos de acusación; y como no está aquí el señor
Pi y Margall, y habrá de dar explicaciones a la
Cámara y al Gobierno mismo acerca de tan
grave cuestión, yo suplico a la Cámara que sus-
penda su juicio, que no emita acerca de las pa-
labras pronunciadas por el Sr. Prefumo, y acer-
ca de las acusaciones que ha dirigido al Sr. Pi
y Margall, un veredicto aventurado; yo la su-
plico que se temple y se calme, que se tranqui-
lice y espere, que ya llegará la hora de la luz,
ya que en estos momentos hay delante de
nuestra vista mas que sombras que agitan nues-
tro entendimiento y profundamente convienen
nuestra conciencia; tenga, pues, la Cámara la
paciencia necesaria, la dignidad bastante para
suspender su juicio y no emitir su dictamen res-
pecto de esta materia.

Yo tengo la confianza, la gran confianza de
que el Sr. Pi y Margall desvanecerá bien estas
acusaciones infundadas; mientras no me arran-
quen esta confianza, yo estoy en este sitio, en
este puesto de gloria por lo mismo que es un
gran puesto de peligro; yo estoy aquí al lado
del Gobierno, al lado del Sr. Pi y Margall, con
todas mis fuerzas, mientras no se resuelvan las
graves é importantes cuestiones que acerca de
otros puntos que ignora la Cámara se agitan
hoy sobre la mesa del Consejo de ministros.

Resumiendo, este banco es para el Sr. Pi y
Margall, según la frase del Sr. Prefumo, el
«banco de los acusados». Yo no tengo la vani-
dad de proteger con mi oscura palabra al señor
Pi y Margall, porque este, por sus anteceden-
tes, por su historia, por sus grandes servicios
al partido republicano, está llamado a ser oído
antes de ser acusado y antes de ser juzgado.

No soy yo el que pone su pecho, ni el que
tiene derecho a poner su pecho delante de la
respetable figura del Sr. Pi y Margall; por hoy
contesto al Sr. Prefumo que esta parte de las
acusaciones será deshecha y defraudada; yo
tengo la íntima y la gran confianza de que no
es posible ni siquiera suponer que a ciencia
cierta, con conocimiento y con asentimiento del

Sr. Pi y Margall, se hayan podido realizar he-
chos tan escandalosos como los que ha denun-
ciado a la Cámara el Sr. Prefumo.

Concluyo, señores diputados, rogándoos que
esperéis sin aventurar un juicio de que tal vez
mañana podríais arrepentiros por habet inju-
riado la gran respetabilidad de nuestro presi-
dente, Sr. Pi y Margall, al cual, mientras este-
mos sentados en este sitio, tenemos el deber de
defender, como lo hago, porque es mi amigo,
mi correligionario y mi presidente.

El señor ministro de ULTRAMAR: Me levanto
a defender al Sr. Pi y Margall de algunas de
las acusaciones que le ha dirigido el Sr. Prefu-
mo: este señor también ha inculcado al señor
gobernador de Murcia, a quien defenderé igual-
mente, pero sin hacer lo mismo respecto del se-
ñor Casalduero. Si el Sr. Casalduero ha pro-
nunciado las palabras que le atribuye el señor
Prefumo, no tiene defensa posible ante la con-
ciencia de un hombre honrado. (Bien, muy bien.)

—El Sr. Casalduero pide la palabra.
Si el Sr. Prefumo dice que las ha oído, creo
que el Sr. Casalduero las ha pronunciado; si las
ha pronunciado, mucho tendrá que hacer el se-
ñor Casalduero para hacerse aceptable a la Cá-
mara y a todos los habitantes del país. No creo
yo que el partido republicano, ni el carlista, ni
ninguno, apele a este medio para hacer triu-
nar su causa. Si el triunfo de la República fede-
ral siempre ambicionado por mí, hubiese de
llevarse a cabo por el auxilio de los criminales,
optaría por el absolutismo o (Aplausos en la dere-
cha y en el centro), porque en el absolutismo
puede haber honradez, pero no en la República
federal cimentada sobre una base tan misera-
ble.

Dicho esto, voy a la defensa de mi antiguo
amigo, de nuestro antiguo amigo el Sr. Pi y
Margall; del hombre que ha llegado a merecer
vuestra confianza y que continúa mereciéndola,
al menos hasta hoy; del hombre que no sólo
merece la consideración del partido republi-
cano, sino que por sus cualidades de hombre hon-
rado ha sido siempre objeto de la general con-
sideración. Por eso me ha escandalizado todo lo
que en el arrebato de la pasión ha dicho el se-
ñor Prefumo.

No tendrían, y observad esto, mucho funda-
mento las acusaciones del Sr. Prefumo, cuando
para hacer culpable al Sr. Pi ha tenido que ri-
diculizarle hasta el punto de remedar su voz y
decir que al contestarle se mesaba ó se acaricia-
ba las barbas.

Yo, más que otro, debo defender al Sr. Pi,
por lo mismo que he combatido su política desde
otro puesto:

En cuanto al gobernador de Murcia, debo
decir que hace muchos años que conozco al señor
Altadil, y si bien es verdad que este señor en
los primeros meses de la revolución se inclinó
en Barcelona hacia las ideas de los intransigen-
tes, es también cierto que el corto tiempo que
desempeñó el cargo de gobernador de Guadala-
jara, nadie ha podido atribuirle un acto que le
haga merecedor del concepto en que le ha colo-
cado el Sr. Prefumo.

Yo sé algo, no todo, de lo ocurrido en Cartage-
na; me refiero particularmente a la actitud
que las tropas han tomado al tratarse de atacar
a aquellos intransigentes. ¿Qué quería el Sr. Prefu-
mo que hiciera el gobernador de Murcia y el
presidente del Poder ejecutivo, cuando la
fuerza destinada a combatir la insurrección se
cruza de brazos y dice que no quieren domina-
rlos? (El Sr. Prefumo: No tenerla esperando vein-
tiunato horas.)

El cargo más grave que el Sr. Prefumo ha
dirigido al Sr. Pi ha sido el referente a esa po-
lítica de concesión que, según él, ha seguido
con los intransigentes de Cartagena. Señores,
he llegado la hora de las declaraciones y debe de-
cirse todo. Emitiré solo mi opinión.

Yo estoy dispuesto a combatir hasta con las
uñas y con los dientes contra los carlistas; estoy
dispuesto a castigar inexorablemente y con ru-
deza a los asesinos é incendiarios de Alcoy, co-
mo a los que en otras partes cometan ó hayan
cometido iguales infamias. (Bien, muy bien.)
Pero cuando se trata de derramar la sangre de
mis correligionarios, declaro que mi heroísmo
no llega hasta aquí. (Una voz: ¿Y si son faccio-
sos?) Lo serán para Sr. S., y para mí también lo
serán; pero una cosa es considerarlos facciosos,
y otra luchar con ellos.

Aquí no hay más que dos políticas: ó la de re-
sistencia y ataque, ó la de concesiones y concili-
ación. ¿Me agradeceréis esta franqueza? (Sí,
sí.) Yo declaro que soy partidario de que, tanto
con mis correligionarios levantados en Cartage-
na, como los que en otras partes puedan levan-
tarse, debe practicarse una política de concilia-
ción y de concesiones. (Una voz del centro: Así
no es posible gobernar.) Yo no he de poner mi
firma al pie de un documento en que se diga
que las tropas atacarán por medio de bayone-
tas ó balas a nuestros correligionarios levanta-
dos en armas. (Vivos aplausos en la iz-
quierda.)

¿A cuánto llega la pasión en ciertos hombres
que por sus ideas filosóficas no debían ser apa-
sionados! Al preguntar un señor diputado que
dónde se hallaba el Sr. Pi, ha salido una voz
que ha contestado que estaba conspirando...
(Quiere el ministro de Ultramar ocuparse de
las palabras de conspiración dirigidas a Pi y
Margall, pero el presidente del Congreso no le
deja continuar.)

El Sr. PREFUMO rectificó diciendo que el
presidente del Consejo tiene noticia de lo ocur-
rido en Cartagena y Murcia, y si lo negase, las
sospechas se convertirían en evidencias.

Se lamentó de que las tropas nada hayan he-
cho para ev tar conflictos en Cartagena.

El señor ministro de HACIENDA: El Gobier-
no se encuentra en condiciones de pensar en su
modificación; ya se ha ocupado de esto por la
mañana, y como la resolución de la Cámara
pudiera influir en la vida del Gobierno, y atri-
buirle la mayor ó menor duración de este Go-
bierno a la resolución que sobre el punto que se
discute pudiera recaer, debo explicaros esta si-
tuación, para que sepáis que la duración de este
Gobierno no depende de la resolución de la Cá-
mara sobre la proposición del Sr. Prefumo. Mo-
tivos anteriores han obligado al Gobierno a pen-
sar en su modificación. Creo que esta observa-
ción era necesario hacerla, para que el país y
los señores diputados supieran a qué atenerse.

El Sr. CASALDUERO contestó a algunas
apreciaciones del Sr. Prefumo, diciendo que ni
él ni nadie utilizaría nunca los presidarios co-
mo criminales, sino como un aumento de fuerza
cosa que se ha hecho ya en varias ocasiones.

Negó además que fuese él el diputado de la
minoría que hubiese hablado con el Sr. Pi.

El señor PRESIDENTE suspendió este de-
bate, y se entró en el orden del día, leyéndose el
dictamen de la comisión sobre incompatibili-
dades.

El Sr. HIDALGO usó de la palabra en contra,
terciando en el debate varios diputados.

Se suspendió este con la entrada del Sr. Pi en
el salón.

El señor presidente del PODER EJECUTIVO
y ministro de la Gobernación (Pi y Margall):
Señores diputados, me encontraba hace poco en
telégrafo conferenciando sobre el estado de Cata-
luña, cuando me ha llegado el aviso de que
en esta Cámara se estaban formulando graves
acusaciones sobre mi conducta: me las han re-
ferido someramente, y no puedo menos de con-
fesaros que me he quedado atónito al ver que
había aquí quien pudiese dudar de mi lealtad.
Si no tuviera la conciencia tranquila, no os ha-
blaría con la calma con que pienso hablarlos;
pero como soy hombre que me he sacrificado
por la causa republicana y estoy dispuesto a sa-
crificarme hasta el último momento de mi vida,
no tengo inconveniente en venir a decirlos lo
que ha pasado respecto a los sucesos de Cartage-
na.

El Gobierno se encontraba hace días triste al
ver los graves sucesos que iban ocurriendo en
algunas provincias de España. Tenía fija la vi-
sta principalmente en tres puntos, en Alcoy, en
Málaga y después en Cartagena: tenía, sobre
todo, la vista fija en Málaga, después que se
habían mandado tropas para dominar el movi-
miento de Alcazar, porque en Málaga se había
operado una reacción saludable. Los volunta-
rios de la República se habían decidido al fin a
sostener el orden contra D. Eduardo Carvajal,
que tan perturbada trae aquella provincia; ha-
bían tenido un momento de arranque y habían
dicho que podían salvar la situación, y sobre
todo si el Gobierno les ayudaba.

El Gobierno pensó entonces en mandar tro-
pas, y se dieron las órdenes para que el regi-
miento de infantería de Iberia fuese a Cartage-
na y desde allí pasara a Málaga embarcado en
la Almansa. Mientras estas tropas iban a Cartage-
na, se recibió aquí la noticia grave de que
Cartagena se había sublevado contra el Gobier-
no. Esto acontecía, señores diputados, en la
tarde de anteyar, ó sea el día 12; y apenas se
celebró el Consejo de ministros, puse en su co-
nocimiento el grave suceso de la ciudad de
Cartagena. El Consejo de ministros tomó el he-
cho de tal modo en consideración, que en el
acto hubo de disponer que uno de los indivi-
duos del Poder ejecutivo, el señor ministro de
Marina, partiese en un tren express para Cartage-
na, a fin de ver si podía dominar la situación
y sobre todo, si podía apoderarse de los buques
surcos en las aguas de aquel puerto.

Me parece, señores diputados, que algún
gran interés tendríamos todos nosotros en do-
minar los sucesos de Cartagena, cuando oír-
bamos con tanta energía y con tanta rapidez, y
no quisimos esperar a que partiese la noche si-
guiente el señor ministro de Marina, y si a las
cuatro de la madrugada.

Serían sobre las dos de la madrugada del
día 13, cuando el gobernador de Murcia anun-
ciaba que quería hablarme por el telégrafo, y
acudí al aparato para oírle. El gobernador de
Murcia me anunció entonces que había estado
en Cartagena y había tratado de ver si podía
poner término al movimiento de aquella ciu-
dad; que allí había encontrado una especie de
junta revolucionaria constituida en el salón
bajo del ayuntamiento, mientras en el alto es-
taba el ayuntamiento mismo, y que él había
creído que para cortar el conflicto, y para no
dar lugar a que tomara incremento, había creí-
do conveniente que el ayuntamiento dimitiera
su cargo; que el ayuntamiento había dimitido
en efecto, y le había reemplazado con la mis-
ma junta revolucionaria instalada en el salón
bajo del municipio, conducta que yo desde luego
censuré, diciéndole que no había comprendido
lo que exigía la ley. Le dije entonces que era
preciso que repusiese las cosas en el ser y es-
tado que tenían, y por lo tanto el ayuntamiento.
Pero como le anunciaba, en aquel mismo mo-
mento en que creía haber dominado la situa-
ción, ocurrió que los sucesos se precipitaron,
y que aquellos hombres que parecía haber que-
dado contentos con la dimisión del ayunta-
miento, tomaron una resolución más grave.

«Uyá, le decía yo, no ha comprendido la situa-
ción de Cartagena; V. S. no ha querido ver lo
que verá en el día de hoy.» Y en efecto, a poco
rato el general Contreras había proclamado la
independencia del cantón murciano.

¿Cuál no había de ser mi sorpresa, cuál no
había de ser mi amargura viendo lo que pasa-
ba en Cartagena? Yo que desde que estoy en el
Gobierno estaba trabajando porque esto no su-
cediera en ninguna parte; yo que ya antes de
ahora había podido evitar que la provincia de
Barcelona hubiese proclamado su independen-
cia; yo, que cuando vi que en la ciudad de Se-
villa, tanto la diputación como su ayuntamien-
to querían proclamar la independencia de An-
daluza, dirigí un telegrama ardiente dicién-
do que se convocase a todos los hombres notables
del partido republicano, para que vieses si po-
dían contener de algún modo aquel movimien-
to, que podía ser funesto para la causa del par-
tido republicano; y al ver que aquella misma
aspiración se había llegado a realizar en Cartage-
na, he tenido, lo confieso, señores diputa-
dos, la mayor pesadumbre de cuantas he senti-
do desde que soy Gobierno.

blica que quisieran apoyarme, y cuando he llamado a cuatro compañías que tengo en Mérida adictas a la causa del Gobierno, me han contestado que, si bien deploraban lo que pasaba, no podían hacer fuego contra sus hermanos, puesto que tenían en las filas de los contrarios a sus amigos y deudos.»

Así la situación, ¿qué queráis que hiciera el gobernador de Mérida? Tuvo un momento de debilidad, cometió un grandísimo error, creyó que salvaba la situación, cuando más la comprometía; pero en cuanto a mí, ¿qué podía yo hacer, cuando no tenía en aquel momento un gobernador de quien disponer, y sobre todo, cuando veía que se precipitaban los sucesos por momentos? Teníamos tropas, es verdad; pero ¿las tuvimos en el momento en que estalló la insurrección? Llegaron a Cartagena cuando estaban ya cerradas las puertas de la ciudad; y esta es, señores diputados, la hora en que no sé siquiera lo que ha sido el ministro de Marina, que hasta aquí no ha podido dar cuenta de su persona.

Y bien; ¿hemos sido débiles respecto a la cuestión de Cartagena? ¿No hemos mandado al general Velarde con las columnas de Alcoy a Cartagena? ¿No hemos dispuesto que salgan de aquí tropas para Mérida?

Y de aquí se quiere formular una acusación contra mí persona? ¿En que se funda esa acusación? Yo lo conozco bien. El Sr. Prefumo tenía una especie de prevención, fundada e infundada, contra el Sr. Altadill, gobernador de Mérida, y en cuanto le vió nombrado se quedó de que era intransigente. Yo le osegué diciéndole: «El Sr. Altadill, si fué un día intransigente, ha sido el blanco de los ojos de los mismos intransigentes de Barcelona. El Sr. Altadill ha gobernado la provincia de Guadalajara cuatro meses, y en esos cuatro meses ha dado pruebas de poseser dotes de mando y ha hecho cosas que muchos gobernadores no han podido conseguir, teniendo tal vez mejores condiciones; y aseguro al Sr. Prefumo que el Sr. Altadill sabrá cumplir con su deber.

Sostiene, según parece, el Sr. Prefumo, porque yo todo lo que sé lo sé de pura referencia, que yo desde la mañana tenía noticia de los sucesos de Cartagena. No tuve noticia de esos sucesos hasta la tarde. Suponía también el señor Prefumo que yo me crucé de brazos, que no hice absolutamente nada en aquel día, y ya os he dicho que en aquella misma noche salí para Cartagena el ministro de Marina.

Dice además el Sr. Prefumo que yo sabía que el señor Galvez Arca, diputado de estas Cortes, estaba encargado del mando en Cartagena, y yo os aseguro que lo ignoraba por completo.

He referido los sucesos tales como han pasado, y no podéis dudar de mi veracidad.

¿Que hemos sido desgraciados en Cartagena? ¿Y qué? Apenas supimos que había salido el general Contreras con dirección a Cartagena, expedimos la correspondiente orden para que se le detuviera en el camino; desgraciadamente no lo pudimos alcanzar; pero esta desgracia ¿es acaso imputable al Gobierno? El Gobierno, cumpliendo lealmente sus deberes, ha hecho contra el movimiento de Cartagena todo lo que podía, como lo ha hecho con todos los movimientos, y si el Gobierno no ha hecho más, ha sido porque no ha tenido para tanto medios materiales.

¿Qué podíamos hacer en Andalucía, donde no teníamos un solo soldado?

Hemos tenido fuerzas para batir Alcoy; y qué, ¿no las hemos mandado contra aquella ciudad?

Se dice que las tropas del Gobierno han entrado indebidamente en Alcoy, y esto tampoco es exacto. Las tropas han entrado en Alcoy sin condiciones ni pactos de ninguna clase; han entrado en Alcoy sin resistencia de los insurrectos, porque no la han opuesto; pero si los insurrectos hubieran opuesto resistencia, el general Velarde con sus tropas habría sabido cumplir con su deber y con las órdenes dadas por el Gobierno. Pues qué había de entrar acuchillando quizá a los mismos que habían sido víctimas del movimiento? ¿Había de castigar a los que no sabía si eran culpables? En el momento mismo en que las tropas han entrado en Alcoy se ha constituido la autoridad judicial; la autoridad judicial es la encargada de perseguir a los delinquentes, y será la que los castigue. Entre tanto se procura recoger las armas a los insurrectos; entre tanto, se hace todo lo posible para restablecer la calma y la autoridad.

La autoridad en estos momentos, lo mismo la judicial que la gubernativa, funciona libremente, y no hay nada que pueda impedir su marcha. No; el Gobierno no ha tenido debilidad; lo que le faltan al Gobierno son medios materiales. ¿Es que acaso ignorais lo que está pasando en el Norte? ¿Acaso ignorais que las fuerzas que tenemos en el Norte no son ni siquiera suficientes para atajar el aumento que van tomando las facciones carlistas? ¿Podemos retirar tampoco los batallones de Cataluña, donde tenemos un enemigo temible, y donde además las tropas están tan indisciplinadas que no obedecen ni las órdenes del Gobierno ni las de las autoridades militares? ¿De dónde queréis que nosotros saquemos las fuerzas?

Cuando se empieza a dudar de un hombre, se duda de todos sus actos. He sabido también que aquí, si no en público, en secreto, se ha dicho que yo me estaba entendiendo en estos momentos con la minoría. Ciertamente es verdad; pero me he entendido con la minoría por ciertos sucesos que han pasado esta tarde. No pensaba desoírlos; pero os lo diré de luego. Esta tarde hemos celebrado un Consejo de ministros. Parto de los individuos del Poder ejecutivo han anunciado una crisis, fundándose, no en que haya habido entre nosotros el menor desacuerdo, sino en que la gravedad de las circunstancias presentes y la gravedad de las que puedan venir hacen necesario un Gobierno que tenga mayor fuerza en esta Cámara que el presente.

Yo les he consultado como a leales amigos; les he preguntado cuál era el camino que se podía seguir nos hemos hecho cargo de la cuestión constitucional, es decir, de la dificultad de hacer una constitución sin el acuerdo de la minoría, ó por lo menos sin el debate de la minoría, y ellos mismos son los que me han indicado que convenía formar un gabinete del centro y de la izquierda, porque esta era tal vez la única salvación que podíamos encontrar en la cuestión constitucional.

Entonces ha sido cuando yo he llamado a algunos individuos de la minoría, para hacer proposiciones que de ninguna manera pueden redundar en desdoro ni en desprestigio del gobierno ni del actual presidente del poder ejecutivo.

Otros me podrán ganar en inteligencia; otros me podrán ganar en corazón; otros me podrán ganar en cualquier otra cualidad; ninguno podrá ganarme en lealtad. *(Bien, bien, por lo tanto nada debo añadir. Os he expuesto los sucesos tal como han pasado y he tenido entendido que cualquier cosa que pongais en duda es fácil esclarecerla. Allí está el gobernador; aquí están mis compañeros; y finalmente, en el telegrafo están los partes que han mediado sobre los sucesos de Cartagena.)*

El Sr. PREFUMO, rectificó asegurando que el gobierno tuvo tiempo de evitar el movimiento y prender al general Contreras.

Censuró la conducta del gobernador de Mérida, culpándole por sus muchos errores, y dijo que hace tiempo había presidido un comité de salud pública, lo cual había el Sr. Pi.

El señor PRESIDENTE DEL PODER EJECU-

TIVO, manifestó que, en efecto, lo supo; pero que el gobernador lo negó.

Añadió que como presidente del poder ejecutivo, no conspiraba; lejos de eso, estaba trabajando porque se respetasen los acuerdos de la asamblea.

Anunció que el gobernador de Mérida había sido hecho prisionero, y añadió que no podía responder de la conducta de todos los gobernadores.

El Sr. PREFUMO, rectificó nuevamente, fué interrumpido por el señor presidente que le llamó a la cuestión: entonces el orador terminó con estas palabras:

«Pues concluyo diciendo que gobiernos que no pueden responder de gobernadores, no sé por qué se llaman gobiernos.»

El Sr. CERVERA habló para alusiones, declarando que hace diez días varios diputados se acercaron al señor Pi a pedirle que se separase al gobernador de Mérida porque tenían el conflicto.

El Sr. SAINZ DE RUEDA explicó una palabra relativa al Sr. Pi, y terminó el debate de la proposición del Sr. Prefumo.

El Sr. SORNI apoyó un voto de gracias a los voluntarios de Valencia, y fué aprobado por unanimidad.

El Sr. ISABAL preguntó si era cierto que el coronel Vitoria se había hecho dueño de las fragatas *Vitoria* y *Almansa*, surtas en Cartagena. El Sr. presidente del PODER EJECUTIVO contestó que nada sabía el gobierno.

Terminado el incidente leyóse una proposición diciendo que las Cortes han visto con gran satisfacción la relevante prueba de acendrado patriotismo de los voluntarios de Valencia, presidiendo a marchar a Alcoy para restablecer el orden, y se levantó la sesión a las siete y cuarto.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Madrid, 15 de Julio de 1873.

CONSECUENCIA REVOLUCIONARIA.

Algunos diputados ayer, y algunos periódicos hoy, se han manifestado entre asombrados y escandalizados de los incidentes de la sesión, y especialmente de lo que dijeron el señor ministro de Ultramar y el diputado Sr. Casaldueño.

Ya en el artículo de ayer, refiriéndonos a la indignación manifestada por la mayoría al saber los horrores de Alcoy, dijimos que los revolucionarios carecen de derecho para indignarse contra los asesinos, si no se enojan antes contra de sí mismos, predicadores constantes de doctrinas que dan por resultado indeclinable el asesinato y el incendio.

Hoy añadimos que tampoco tienen el derecho de asombrarse ó de escandalizarse por lo que hayan dicho ó puedan decir los señores Suñer y Casaldueño, ni por lo que pueda hacer el Sr. Pi, parapetado constantemente detrás de la esfera del telegrafo.

¿Qué ha dicho al fin el Sr. Suñer? Que no firmaría jamás una orden contra sus correligionarios, aunque se levanten en armas, pero que será siempre fuerte contra los carlistas.

Es verdad que de esas palabras salen muy mal heridos la igualdad ante la ley y toda noción de justicia, la libertad, los derechos individuales y cuantos derechos han podido hallar los trastornadores de la sociedad, y sobre todo queda por los suelos el principio de autoridad, que debe ser imparcial y justo, al menos dentro de la legalidad admitida; porque el Sr. Suñer y Capdevila, autor de esa injusta y parcial teoría, era al exponerla individuo del Gobierno supremo de la nación.

Pero, por grave que esto sea, es natural, lógico y consecuente con sus declaraciones anteriores y conforme con la desgraciada situación de su ánimo: á nosotros no nos sorprende sino que sus palabras hayan podido causar sorpresa en los que de hace tiempo conocen al ministro ateo.

Pues, ¿qué puede esperarse de quien se gloria con este satánico é infame epíteto? El hombre que no cree en Dios, no cree en lo sobrenatural, no cree en el origen divino de la moral, no cree en la sanción superior de nuestros actos, no mira a la eternidad, ni teme al juicio de Dios; para él el fin del hombre se reduce á sufrir lo menos y á gozar lo más posible mientras pasa ese breve tiempo que llamamos vida; y la justicia, la moralidad, el derecho, el honor, la consecuencia, etc., son solamente palabras vacías de sentido, inventadas para engañarse los hombres unos á otros, no habiendo más moral que la utilidad, ni más justicia que la conveniencia, ni más honor que la que se logra alcanzando por cualquier medio el objeto propuesto, ni más derecho que el que dan la astucia y la fuerza del que con engaño ó con violencia obtiene sobreponerse á sus semejantes.

Quien así piense, no tiene facultades para dictar órdenes contra los que procediendo por igual criterio, marchan en busca de lo que les conviene, venciendo las dificultades y rompiendo los obstáculos que hallan en su camino. Los sublevados de Cartagena buscan la realización de su ideal envorolando la bandera turca; los de Alcoy convirtiendo en hogueras de petróleo á infelices ciudadanos, tormento que no pudo practicar Nerón; los de Jerez incendiando las mieses producto de largos trabajos y alimento necesario para los mismos que las destrozan... estos hechos pueden condenarlos los católicos que creen en Dios, porque Dios los condena; pueden condenarlos en nombre de su conveniencia los hombres víctimas de tamaños desafueros; pueden sentirlos el mismo Sr. Suñer, porque

sean contrarios á la realización de sus proyectos, pero no puede condenar á los que en virtud de su derecho humano y de su conveniencia particular los llevan á cabo.

¿En nombre de quién había de condenarlos? En nombre de Dios, no, puesto que no cree en él; en nombre de determinados principios tampoco, porque según las teorías revolucionarias, cada uno es libre de pensar como quiera, y de profesar los principios que más le acomoden; en nombre propio tampoco, ya que no hay hombre superior á otro hombre; ni tampoco en nombre de la sociedad, por que siendo esta fundada sobre la conveniencia humana y sin más lazo que un contrato, los asesinos é incendiarios pueden contestar que rompiendo el contrato y renunciando á las ventajas sociales, han quedado libres para obrar por su cuenta como los salvajes que en remotas y solitarias islas viven en salvaje aislamiento.

Hasta aquí el Sr. Suñer es consecuente con sus doctrinas, siendo preciso confesar que negándose á dictar órdenes contra sus correligionarios es también justo dentro de sus principios. La injusticia y la inconsecuencia hallanse en los que proclamando libertad é igualdad para todos los hombres, quieren someter á los otros á su modo de pensar, y habiendo enseñado que la sociedad es una institución puramente humana inventada por la conveniencia pretenden encerrar en ella á los que creen preferible romper las trabas sociales.

Entonces, se dirá, debería obrar del mismo modo respecto á los carlistas; y en verdad que así parece, atendiendo á cualquiera clase de principios generales, porque si el levantarse en armas para lograr un objeto es lícito á los republicanos, no se comprende por qué la misma cosa ha de ser criminal en los carlistas.

No tenemos encargo ni voluntad de defender al Sr. Suñer y Capdevila; sin embargo, hemos de decir que siendo inconsecuente con las doctrinas proclamadas por el partido, es en esto consecuente con sus propios principios y marcha decididamente á la consecución del que ha llamado su proyecto favorito.

El Sr. Suñer ha declarado la guerra á Dios (horror causa el escribirlo), y habiéndose propuesto acabar con su grande enemigo, es natural que estime á los que le ayudan y persiga á los que le contradicen. Ahora bien: como los carlistas llevan inscrito en sus banderas el santo nombre de Dios y los republicanos le pisotean, derriban sus templos, y cuegan los faros á sus ministros, el interés de la guerra entre Suñer y Dios exige que se alie con los segundos y combata con unos y dientes á los primeros. Para los revolucionarios ateo todas las religiones son igualmente dignas de aborrecimiento; pero la que más odian y la única que temen es la católica, que es la única verdadera; y como para el Sr. Suñer, como para el Sr. Estébanez, probablemente carlista y católico son palabras sinónimas, de ahí que crea buenos todos los medios que lo ayuden á acabar con el carlismo, aunque sean tan horriblos como los que se ponen en práctica en estos días. Solo cuando el ministro de Ultramar ceje en la guerra impía que tiene declarada á Dios, se le podrá pedir igualdad entre los enemigos del ministerio.

No hay, pues, para qué sorprenderse ni escandalizarse de las palabras que dijo ayer, ni de las que pueda decir hoy ó otro día. Como tampoco lo hay para maravillarse de que el Sr. Casaldueño quisiera aprovecharse del auxilio de los presidarios de Cartagena. ¿Pues qué? ¿No han echado mano de hombres criminales todos los partidos revolucionarios cuando les ha convenido? ¿Qué revolución ni qué pronunciamiento se ha hecho solamente por hombres honrados? ¿No están varios de los diputados y autoridades actuales condenados á presidio ó á muerte por tribunales competentes? El Sr. Casaldueño solo ha incurrido en una falta; la de ser más leal y franco de lo que es permitido á un revolucionario. Esas cosas se hacen y no se dicen. La noticia de haber soldado á los presidarios no habría sorprendido á nadie, porque otras muchas veces se ha recibido; el proyecto de soltarlos ha dado ocasión de manifestarse escrupulosos á gentes que sin la ayuda de los presidarios acaso estarían en presidio.

La consecuencia de estas consideraciones es que la revolución está en su terreno haciendo lo que hace, ni puede hacer otra cosa mientras no deje de ser revolución; sigue su camino, y habrá de seguirlo fatalmente como el judío errante, hasta sucumbir á mano airada ó llegar al fondo del abismo.

Tened presente esta enseñanza, vosotros los que habeis creído en la posibilidad de un término medio entre el bien y el mal, vosotros los que nos llamáis pesimistas cuando guiándonos por las leyes de la moral, más constantes que las leyes físicas, os pronosticábamos lo que hoy sucede, vosotros los que todavía esperais salvar vuestras familias ó tener tiempo de huir con vuestras familias.

Ó con Dios ó contra Dios. Ó con la revolución ó contra la revolución. Escoged. Si elegís mal, no os sorprendáis de lo que os ocurra.

Continuación de los desórdenes.

En lo sucesivo, cuando tengamos que narrar los desmanes que se vienen sucediendo sin interrupción en las provincias de España, prescindiremos por completo de copiar de los periódicos liberales las noticias que se refieren á las medidas tomadas por el Gobierno para reprimirlos ó evitarlos.

Creemos un deber hacerlo así, pues la misión del escritor no es, ni mucho menos, abusar de la credulidad de sus lectores, sino manifestarles la verdad en medio de las situaciones más difíciles. Si hasta ahora no hemos procedido de esta manera, conste que al comunicar alguna de las medidas que se

muy pronto acaezca. La revolución es consecuente.

UN PASO MAS.

Lo que sucedió ayer en la Asamblea republicana sería absurdo é inverosímil si no fuera perfectamente lógico. Lo decíamos días pasados: estamos en vísperas de la formación de un ministerio de intransigentes, presidido por Pi y Margall; y, en efecto, el ministerio intransigente se está formando á estas horas, y el hombre en quien la derecha de la Cámara había depositado su confianza, dándole poderes para combatir la anarquía y restablecer el orden, es quien dirige este movimiento revolucionario, que ha de anular por completo á la derecha y á los llamados conservadores de la Asamblea.

Un diputado, el Sr. Prefumo, tuvo ayer resolución bastante para arrancar la máscara al Sr. Pi y Margall, acusándole de connivencia con los intransigentes y con los rebeldes de Cartagena, y diciendo que conspiraba contra la República: otros diputados llegaron á pronunciar el nombre de traidor, dirigido al Sr. Pi, y la derecha, en suma, parecía resuelta á llamar á la barra al hombre que burlaba sus esperanzas, desconcertaba sus propósitos y destruía sus planes.

No sucedió así, sin embargo. El Sr. Pi se presentó en la Cámara cuando le pareció conveniente; dió las explicaciones que quiso, disculpó á los intransigentes y proclamó la necesidad de formar un ministerio compuesto de esta fracción y del centro de la Asamblea. La derecha no tuvo valor para destituir á quien de tal modo la despreciaba, y confusa y vacilante, no se atrevió á pedir la lectura de una proposición de censura á Pi y Margall que se había presentado en la mesa. Triunfó Pi y Margall y triunfó la izquierda, y la derecha quedó vencida sin combate, y humillada hasta lo inaudito.

Parecia lo natural que al verse Pi y Margall atacado por individuos de la mayoría, con asentimiento de esta, presentase su dimisión retirándose respetuosamente del poder, ó negándose á lo menos á continuar al frente de él mientras la Cámara no le diese un amplio y terminante voto de confianza.

Pero Pi y Margall conoció la debilidad de la mayoría y creyó que no necesitaba guardarle ningún género de consideración, y arrojando el disfraz conservador que la misma mayoría le había vestido, despidió con desden á los que le habían elevado y llamó a sí á los rojos, á los intransigentes, á los socialistas.

La mayoría enmudeció, como había enmudecido al oír á otro ministro, Suñer, llamar correligionarios y hermanos á los sublevados de Cartagena, y desde aquel momento ya se consideró formado un ministerio de la izquierda.

¿Qué fuerza moral ni material tiene la Asamblea para contrarrestar este movimiento? Si á él quisiera oponerse, sería arrollada. Si de su parte está lo que pudiera llamarse la legalidad republicana, de parte de los intransigentes está la fuerza, está la lógica de la revolución. Pi y Margall lo ha visto; y aparte de que sus afecciones é ideas le llevan al campo de los rojos, se ha propuesto ser guía y no víctima del movimiento revolucionario.

La revolución social viene á pasos de gigante: todo el mundo ha podido verlo y sentirlo desde el día en que se oyeron sus primeros rugidos. En este país no hay fuerza humana que la detenga, ni siquiera que retarde su marcha. Para que ésta sea más fácil, el poder público se propone allanar el camino: el hombre que representa el poder y la autoridad dentro de la revolución, se encarga de dirigir el impulso.

Los que se engalanan con el dictado de republicanos de orden están asombrados de lo que sucede, y en general ningún conservador revolucionario acierta á explicarse el fenómeno de que una minoría se imponga de ese modo y haga enmudecer á una mayoría y la venza sin combate. ¿Qué combate necesitaron los radicales para vencer á la mayoría conservadora de las Cortes amadeístas? ¿Qué combate necesitó la minoría republicana para arrollar á las Cortes radicales y proclamar la República? Los más audaces, los más lógicos son los que triunfan en las revoluciones; la fuerza está siempre con los que no se detienen y quieren llevar los principios á sus últimas consecuencias.

Así, los que parece que tienen de su parte el poder y la legalidad, sienten de pronto minado el terreno, conocen su debilidad y abdican ó sucumben lastimosamente.

Tal será la suerte de esta mayoría y de esta Asamblea, en quienes los primeros indicios de vida eran síntomas de muerte. Ahora trata de vivir y hacer esfuerzos para prolongar sus días; pero la Cámara puede decirse que está ya dominada, absorbida por los intransigentes, y que no tiene, por lo tanto, verdadera vida. Ya no es un cuerpo legal, consultivo ni deliberante; ya no es más que una reunión de federales, que ocupará el palacio del Congreso el tiempo que quieran Pi y los intransigentes.

Castelar, Salmerón, los hombres en quienes la derecha tenía su confianza no se atreven á ponerse enfrente de Pi y Margall. Por miedo, por debilidad ó por falta de carácter se han hecho sus cómplices, defraudando por completo las esperanzas de los que las pusieron en ellos. Tras de esto empezará la dispersión de la mayoría, y de un modo ó de otro, la situación quedará á merced de los reformistas. En pos de estos, vendrán otros más revolucionarios y llegaremos al fin.

Por fortuna, los acontecimientos van muy de prisa.

CONTINUACION DE LOS DESORDENES.

En lo sucesivo, cuando tengamos que narrar los desmanes que se vienen sucediendo sin interrupción en las provincias de España, prescindiremos por completo de copiar de los periódicos liberales las noticias que se refieren á las medidas tomadas por el Gobierno para reprimirlos ó evitarlos.

Creemos un deber hacerlo así, pues la misión del escritor no es, ni mucho menos, abusar de la credulidad de sus lectores, sino manifestarles la verdad en medio de las situaciones más difíciles. Si hasta ahora no hemos procedido de esta manera, conste que al comunicar alguna de las medidas que se

ingían tomadas por las autoridades, así llamadas por mal nombre, más bien que obligadas por un sentimiento humanitario y deseosas de tranquilizar los ánimos de los que con su lectura nos favorecen, presentándoles al lado de los males una esperanza de remedio, lo hacíamos para que no se nos creyera exagerados y dominados del espíritu de partido al presentar al Gobierno cómplice de todos los males que hoy aquejan al país y que son consecuencia lógica y necesaria de las doctrinas revolucionarias que se vienen propagando con incansable insistencia.

Pero desde el momento en que un ministro asegura que no ha de estampar su firma para ordenar el castigo de los rebeldes, y desde que una Asamblea muestra asentir á la idea de que el ministerio es el centro de la insurrección que se extiende como virus infeccionado á todos los puntos de la tierra y de los mares donde alcanza el pabellón nacional, hoy abigarrado y sicio, no queda más remedio que ó declararse cómplice del trastorno universal, admitiendo paliativos que lejos de atenuar la enfermedad sirven solamente para aumentar su desarrollo, ó levantarse erguidos, prefiriendo sucumbir antes que participar, ni en una migaja siquiera, de las viandas sacrificadas á los ídolos.

La situación de España es ya la de un enfermo crónico, que después de sus largos sufrimientos, experimenta en su agonía las más terribles convulsiones, síntomas de su próxima descomposición.

Aplicando á la política este símil, hoy ha estallado ya, como no podía menos de suceder, la crisis en el seno del ministerio, crisis cuya solución no es difícil de prever. Esto anima á los intransigentes, y esperando que los rojos ocupen de un momento á otro las regiones del poder, solamente piensan ya en la aplicación de sus principios en mayor escala de lo que han hecho ya en Alcoy, Andalucía y Cataluña.

Un periódico nos dice á este propósito: «El Consejo de ministros está reunido desde las nueve de la mañana, deliberando sobre los sucesos del día, que son cada vez más graves. No bien aceptan un acuerdo, cuando ya tienen que desbaratarlo por incidencias inesperadas del momento.»

¿Qué pueden hacer los ministros, algunos de los ministros, ante la gravedad de las circunstancias y sin elementos para dominarlas? Han hecho una transacción vergonzosa con los criminales de Alcoy, y el general Velarde se dirige á Cartagena, donde los sediciosos han conseguido dominar la plaza por completo, y donde saben de antemano lo que han de hacer en último extremo. Son dueños de las fortalezas; la escuadra está sublevada ya, según dicen, contra el Gobierno, y á la cabeza de las fuerzas marítimas se halla un hermano del ministro de Marina. Este, que había marchado lleno de brios, lisonjeándose con la seguridad de dominar la insurrección, ha tenido que regresar y dar cuenta al Gobierno del suceso, anunciando que sus esfuerzos han de ser ineficaces para reprimir un movimiento que ha tomado colosales proporciones.

A Mérida ha llegado el general Contreras y con él la que pretenda, que era sublevar la población intransigente contra el poder constituido.

No es fácil adivinar el desenlace que tendrán estos sucesos, aunque todo indica que el Sr. Pi se ha dejado convencer de que es indispensable formar un ministerio intransigente.

Puesta en práctica esta situación, da por el pronto en Madrid el siguiente inmediato resultado de que nos habla *La Correspondencia*:

«Ayer una partida de hombres armados de garrotes y navajas atacó á cosa de las dos de la mañana al empresario de las sillas del Prado y á algunos de sus dependientes en el local que tienen en el mismo salón para dar cuartel de lo que diariamente se recauda. El empresario y sus dependientes se defendieron con arma natural, durante la lucha largo rato, y resultando algunos contusos. Ni un sereno, ni un agente de orden público se presentó en el sitio de esta escandalosa ocurrencia.»

Mientras tanto el ministerio de la Gobernación convertido en un campamento de agentes de orden público.

Más á la luz del día ha ocurrido lo siguiente:

«Esta tarde ha sido atacado por un franco en la calle de la Cruz un sacerdote que pasaba tranquilamente; el acometido tuvo que refugiarse en un portal, y gracias á la intervención de dos agentes de orden público, no ha sufrido lesión alguna.»

En cambio D. Eduardo Carvajal, el gran perturbador de Andalucía, pasea orgulloso de sus proezas por las calles de Madrid, visita á los ministros y conferencia con su presidente, como de poder á poder.

Los segundos comandantes de la milicia, queriendo ser primeros en intransigencia, se reúnen para corregir lo que intentaron sus jefes.

También se han declarado en huelga los trabajadores del canal de Lozoya, y también han nombrado una comisión que se imponga á los dueños de la empresa.

Se han escapado de Alcoy 500 sublevados, y entre ellos, por supuesto, los corifeos de los rebeldes que se han distribuido, marchando muchos á Cartagena.

El resultado de la entrada de las tropas en aquella ciudad lo explica así un periódico conservador, cuyo espanto explica el remordimiento que sin duda siente, y con muchísima razón:

«Hay noticias que enojan el rostro de vergüenza, pero que es preciso mencionar, en cumplimiento de un deber penoso: de tal naturaleza son las recibidas de Alcoy.

Al aproximarse las tropas salieron comisiones á conferenciar con el general Velarde. Nada nos importa saber lo que trataron, cuando las consecuencias lo indican. A poco las tropas del Gobierno penetraban sosegadamente en la población: ni una barricada se veía, ningún insurrecto se halló, todos eran ciudadanos honrados, que lo más se habían abandonado á una impaciencia generosa.

Parece que el juez de primera instancia que ha de entender en el sumario de los hechos ha salido precipitadamente en aquella dirección: trabajo inútil, ¡sarcasmo espantoso! Nunca hemos creído que se aplicara la ley á los asesinos é incendiarios, porque en la situación presente no parece sino que el derecho al crimen es el único respetable.»

Y eso que pasan de cincuenta las personas asesinadas, subiendo á mayor número las casas y fábricas que han sufrido deterioro de resultados del incendio.

La ciudad ofrece á la vista del espectador

el cuadro más lamentable, cuadro que la impunidad hace más triste.

Las noticias de Murcia y Cartagena, a las que hoy corresponde la primicia en el séquito de desmanes federales, vienen a reducirse a lo que sigue:

De la *Gaceta*:
«El gobernador de Alicante comunica desde Alcoy a los ministros de la Gobernación y Estado que el pánico fué muy grande al saberse la salida de las tropas, abandonando la ciudad las clases acomodadas, y el ayuntamiento decidió retirarse.»

Otro periódico dice:

«Las últimas noticias que tenemos de Cartagena son que el general del departamento, señor Duñach, estaba encerrado con toda la marina en el arsenal, que la dotación de los buques se encuentra suelta en medianas condiciones, y que los insurrectos, que han tomado los fuertes, habían acordado no dejar salir a la fragata *Almansa*.»

El Sr. Anrich había llegado a Murcia y se proponía penetrar disfrazado en Cartagena para ir a tomar el mando de la escuadra.»

Y *La Correspondencia* añade:

«El general Contreras, según hoy se decía, va a ser nombrado presidente del cantón murciano ó lo ha sido ya. Al salir de Madrid no ocultó a nadie el punto a donde se dirigía, y el ministro de Estado, que había ido a despedir a su hermano, le vio en la estación.»

Con razón decíamos ayer que la orden de su prisión era una farsa.

También por las últimas noticias aparece comprobado que el batallón de Iberia se ha negado a batir a los insurrectos de Cartagena. El Sr. Pi y Margall ha dicho en la Cámara que el coronel Pozas estaba a bordo de una de las fragatas de guerra, si bien no tenía noticias que la *Almansa* ni la *Victoria* hubiesen enarbolado la insignia roja, como lo acababa de afirmar un diputado.

Aun cuando *La Correspondencia* asegura que no se había cometido exceso alguno en Cartagena, en los círculos políticos se decía, por el contrario, que habían arido algunos edificios y que había sido suelto el presidio, donde, como es sabido, solo ingresan los sentenciados a cadena temporal y aun perpetua.

El ministro de Marina, que había salido para aquella ciudad, no ha podido pasar de la estación de la Palma, y a última hora no se tenían noticias de él.

Los sublevados se encuentran apoderados de toda la ciudad, y hay riesgo de que se lagan también dueños del arsenal y de los buques.

Los buques que se encuentran hoy en Cartagena son los siguientes, según noticia de un periódico:

«Fragatas *Numancia*, con 25 cañones; *Tetuan*, con 40; *Victoria*, con 23; *Almansa*, con 48; las tres primeras blindadas.

El vapor *Fernando el Católico*, que está hoy sirviendo de transporte; la corbeta *Ferrolana*, escuela de aprendices navales y el vapor *Blasco de Garay*, que está desarmado. También lo está completamente la *Tetuan*; la *Numancia* y la *Victoria* están en situación especial, si bien creemos tendrán algunos cañones montados. La *Almansa* es la única que está lista y armada en bahía.»

Las personas que forman la junta revolucionaria de Cartagena son:

«Pedro Gutiérrez, vendedor de tabacos que fué en la Habana; José Banet, albañil platero; Pedro Roca, escribiente, antiguo democrata; José Ortega, dueño de un café; Juan Cobachos, embalsador; Pablo Méndez, carpintero; Alcantarino; Juan José Martínez, tabernero; Francisco Minguez, capitán de reemplazo; Miguel Moya, escribiente del arsenal.»

Al director de *El Pueblo* le escribe su correspondiente:

«CARTAGENA 12 de Julio de 1873.—Muy señor mío estimado: corresponsal de los insurrectos se han apoderado del municipio, y han establecido fuertes retenes de fuerza armada en los principales puntos de la población. Las puertas de la plaza se han cerrado por temor a que penetre en ella un batallón de cazadores que dicen viene esta tarde. Los castillos, entre ellos el de Gálvez que domina la población, está ocupado por los insurrectos, y esta mañana a las siete rechazaron a los individuos del ejército que iban a relevarlos y enarbolaron la bandera tricolor disparando un cañonazo y tiro a las once de la mañana. La población discurre muy tranquila, y hasta ahora los amotinados solo se han contentado con tocar a rebato en las Casas Consistoriales y en las iglesias. Las tiendas abiertas y al parecer una gran tranquilidad.

En este instante me dicen que han nombrado los amotinados un comité de salvación pública, y a pesar de este el ayuntamiento republicano se encuentra reunido y deliberando.»

Al frente de los revoltosos se encuentra don Pedro Gutiérrez de la Puente, un ambicioso estúpido de quien puede dar informes el Sr. Prefumo, y también el novel republicano. Cárceles se encuentran tomando disposiciones. Las fuerzas insurrectas no asciende a 300 hombres, y es tal la irritación contra ellos de los republicanos denominados benévolos, que están dispuestos a ponerse al lado y ayudar materialmente a quien pretenda sojuzgarlos. Creo no llegará la noche sin que todo quede tranquilo: le participaré el resultado.

Se repite suyo.—L. N.

«Parece que al frente de la fragata sublevada en Cartagena se encuentra Pozas, el insurrecto del Ferrol.

Los sublevados se han apoderado ya de la fragata *Almansa*, cuya tripulación ha obligado a desembarcar a los oficiales de la misma.

En Sumacárcel, donde fué asesinado hace días el juez municipal, fué muerto también el juez el alcalde mientras trabajaba en una era.

Parece que en Andalucía se está organizando también una nueva sublevación que debe estallar en Cádiz y que dirige el general Pierrard, según *La Correspondencia*, que dice a continuación que se le ha visto en Madrid al mencionado general.

Como si en Madrid no se pudieran organizar sublevaciones. Aquí estaba también hace muy poco el general Contreras.

«Qué felicidad la de estos militares! Málaga está otra vez en insurrección, si es que, como dice un periódico, había dejado de estarlo. Pero lo más odioso es que el Gobierno ha enviado un parte a aquellas autoridades, diciéndoles a la letra lo que sigue:

«Obren con decisión y energía. Esta noche ha salido tropa, armas y municiones para Carta-

gena, donde les espera una fragata de guerra que los conducirá inmediatamente a Málaga. Si estos desobedientes resisten una hora, Málaga se ha salvado y el orden quedará restablecido. Palanca, Carrion y cuantos se interesan por la ciudad de Málaga, esperen de Vds., como el Gobierno, este nuevo sacrificio por la causa de la república democrática federal.—Francisco Pi y Margall.»

«¿Con que el remedio les ha de ir por Cartagena? Y dirán que no es hombre de chistes el presidente del Poder ejecutivo?

El parte que vino de Málaga decía:

«MÁLAGA, 14 (11 y cinco mañana).—El gobernador al ministro de la Gobernación.—Los rebeldes que se encontraban en la estación de Cartago y Campanillas han sido abandonados por sus jefes. Están en el mayor desaliento. Ha salido, a petición suya una segunda comisión para conferenciar. En este momento me dicen están dispuestos a entregar las armas, cuando lleguen a esta estación ante mi autoridad.

Me he negado a esta exigencia, pues parece una imposición. Voy a tomar medidas para, si no se conforman, salir a batirlos. Mientras esto pasa, al ciudadano Carvajal, jefe rebelde, se le ha permitido por las autoridades de Córdoba conferenciar y pasearse por aquella población.»

«¿Quién entiende estas contradicciones? Por supuesto que Carvajal no pierde el tiempo, y en Coin, antes de venir, ha impuesto fuertes contribuciones, y en Málaga los actuales gobernantes, según *La Correspondencia*, han tomado todos los fondos que había en la Aduana y han descontado los pagarés de Aduanas.

Los voluntarios de San Fernando insisten en que se les entreguen armas de la marina, para lo cual pidieron tres batallones a Salvachéa, el cual se negó a su petición. Quizás les satisfaga sus deseos el Sr. Pi, con quien ha estado conferenciando un oficial que ha venido con pliegos del jefe de aquel departamento.

En Barcelona, además de la huelga general, ha habido una manifestación de obreros, que expresaron públicamente su entusiasmo por los internacionalistas de Alcoy, y su censura contra el Gobierno, que envía tropas, que solamente deben emplearse, en su sentir, contra los carlistas.

Es casi seguro que los manifestantes habrán nombrado ya un comité de *Salud pública*, lo cual vale tanto para la gente honrada como tocar a deguello.

También en Astorga hay temores de insurrección federal, de resultados de las elecciones, según telegrama del diputado Ochoa. El batallón franco de Santiago ha quedado disuelto en Galicia, pues sus individuos estaban, como los de todos los demás batallones.

El alcalde popular conferenció ayer tarde con el Congreso con el Sr. Pi y Margall. La situación de Madrid va haciéndose más violenta a cada momento que pasa. La agitación sorda que siente hacia tener un gravísimo conflicto, y durante la noche ha sido grande la alarma, según se desprende de la última hora que copiamos de *La Iberia*:

«Nada tendría de extraño que el día de hoy fuera de sobresaltos y desórdenes tan grande es el estado de excitación en que se hallan los intranquilos.

Las precauciones que se tomaron desde las primeras horas fueron grandísimas, y esto hizo que el pánico fuera general, pues todo hizo presagiar oscenas sangrientas.

El antiguo palacio real se situaron algunas fuerzas de infantería y artillería; el teatro de la Opera estaba ocupado por los ingenieros; la Guardia civil se concentró en el cuartel del barrio de Salamanca; en el ministerio de la Guerra se situaron también algunas fuerzas a más de las de ordinario, y algún otro punto por fin fué ocupado por fuerzas militares. Unos decían que las posiciones habían sido tomadas por orden del ministro de la Guerra Sr. González, que se hallaba en desacuerdo con el señor Pi y los intranquilos, en tanto que algunos otros suponían que las tropas obedecerían al capitán general Sr. Hidalgo, que de acuerdo con el presidente del Poder ejecutivo, quería demostrar al ministro, su jefe, que la guarnición de Madrid estaba a su disposición y a la del elemento que él apoyaba.

Estos eran los rumores generalizados por todas partes, y como rumores lo consignamos; pero lo cierto es que la guarnición esperaba órdenes en los puntos indicados para apoyar la política de orden que representa uno de los elementos del Gobierno, ó la de los intranquilos, cuyos partidarios dentro del Gabinete son los Sres. Pi y Margall, Suñer, etc.

La minoría se reunió también en el Congreso, y sus acuerdos se comentaban de una manera poco tranquilizadora para el sosiego público. Los clubs se constituyeron en sesión permanente, que ha durado toda la noche, y por último, el alcalde, que celebró una conferencia con el Sr. Pi, reunió a los segundos comandantes, quizás por inspirarle más confianza que los primeros, y también se hablaba de los acuerdos que tomaron de un modo poco tranquilizador. Todo revelaba una próxima lucha, pero, como decimos al principio, la noche ha pasado en calma.

Mucho se decía sobre planes de benévolo's e intranquilos, pero no creemos oportuno hacernos eco de tanta versión; sólo sí que el disgusto de los segundos era tal, que no ocultaban su deseo de dar la batalla al elemento de orden y oponía la más insignificante resistencia a la formación de un ministerio intranquilo.

Veremos lo que pasa en el día de hoy.»

SUCESOS DE ALCOY.

Por el correo de hoy recibimos los siguientes pormenores que nos refiere nuestro corresponsal de Alcoy:

«Señor director de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL. ALCOY, 13 de Julio de 1873.—Muy señor mío: los tristes sucesos de que ha sido teatro esta industriosa ciudad, merecen ser trasladados al papel, para que todos los que aún están ilusos con que el liberalismo nos ha de salvar, vean claramente que este no es más que una secta atea y destructora de la sociedad.

Al instalarse en Alcoy *La Internacional*, con sus halagüeñas doctrinas de que todos serían iguales, fabricantes y operarios, atrajo a miles de obreros a su centro destructor, y en menos de un año de continuas predicciones ha hecho de los católicos obreros alcoyanos unos comunistas sin Dios, sin humanidad para con sus prójimos, y henchidos de las ideas más destructoras que el mundo ha conocido, como verá Vd. en la explicación que más abajo le hago de los sucesos del 9, 10, 11 y 12 del que rige.

En mi última del día 8 le manifesté a Vd. cómo se habían declarado en huelga los trabaja-

dores socios de *La Internacional*, los cuales pasaron por las calles muy ociosos todo el día, aunque pacíficamente; pero al siguiente día 9, ya la actitud de pacífica pasó a ser amenazadora.

Entraron en los talleres, y a viva fuerza hicieron parar en sus trabajos a los operarios que no eran internacionalistas. La autoridad, visto el empeño de coartar la libertad de los trabajadores pacíficos, publicó una hoja para que todos los que quisiesen continuar en sus trabajos pudiesen hacerlo, y que si alguno los molestase sería inmediatamente puesto bajo la acción de los tribunales. Publicar esta hoja y llenarse la plaza de San Agustín de gente en ademán alarmante, todo fué una cosa; entonces la autoridad se posesionó de la Casa Consistorial y de la torre de la parroquia de Santa María, con aviso de que al disparar dicha autoridad un tiro de revolver tocase la campana. En este intermedio uno de los delegados de *La Internacional* subió a la Casa Consistorial y arengó al pueblo, pero este pidió que se quitasen las guardias, y no accediendo la autoridad, bajó el delegado de *La Internacional* de las Casas Consistoriales, dió un gran grito de «¡compañeros, a las armas!» y entonces la autoridad disparó el tiro de señal y se tocó la campana, retirándose la gente de la plaza.

En esta actitud, y con intermedios de toques de campana y de disparos de fusil, pasamos toda la noche hasta las ocho del día siguiente, a cuya hora los internacionalistas ya estaban posesionados de los principales puntos, para lo cual estuvieron trabajando toda la noche, agudizando las casas y haciendo barricadas, como también incendiando edificios y dando desaforados gritos de «¡petróleo! ¡petróleo!» que nos hacían erizar los cabellos!

«¿Qué noche más horrible, señor Director! ¡Qué angustias! sólo el pensar lo nos hace llorar. Unas casas ardiendo y sus dueños pidiendo socorro sin poder ser auxiliados, llevándose por otra parte en rehenes a los niños referidos, y si no los encontraban a sus señores; robando armas y dinero; en fin, esto parecía el fin del mundo: mas pasó y vino el día siguiente: principia el ataque de las Casas Consistoriales (pero como los defensores no contestaban porque se habían escondido por ser pocos), pronto fueron tomadas, no sin haber echado antes a tierra a hachazos las puertas.

Cuando estaban en esta operación aquellos no parecían hombres, sino furias infernales. ¡Qué lenguaje! ¡Qué palabras! ¡Qué gritos más inmorales, hasta que se posesionaron del edificio! Pero ahora entran las escenas de sangre. Aquellas turbas desenfrenadas y sin humanidad todo lo registraron, rasgaron cuantos papeles y documentos encontraron en el archivo, algunos de los cuales databan del año 1500. Después de esta operación, y no encontrando a las víctimas para el sacrificio, empezaron a registrar escrupulosos; y, en efecto, los desgraciados estaban escondidos en los sótanos y desagües de las casas, y uno tras otro iban saliendo, y aquellas turbas se tiraban encima, los asesinaban y los entregaban a los chicos, que se empleaban en arrastrarlos por la ciudad y otros excesos que me callo.

Primeramente al Sr. Alborn, alcalde primero, y que era el principal objeto de sus iras, aquella escena fué horrible, digna tan solo de pueblos salvajes. De un golpe de hacha le derribaron en tierra, y luego le tiraron sobre cuarenta tiros a boca de jarro; le cortaron una oreja, que parte se comió un individuo, y otro la nariz: en fin, para finalizar, le entregaron a los chicos, y tirándole piedras y dándole navajazos, y arrastrándolo por toda la ciudad llegaron al Hospital, sin saberse si aquello era cuerpo humano. Luego se apaciguaron un poco, tomaron sus disposiciones, y principiaron las demandas a los contribuyentes.

Después comenzaron a hacer prisioneros, siendo los más desgraciados los que estuvieron en la misma casa de *La Internacional*, pues oyeron cuantas blasfemias y palabras inmorales se pueden imaginar, y sacándolos por dos ó tres veces a fusilarse; en fin, no se pueden imaginar más actos de salvajismo.

Las víctimas de una y otra parte, hasta la presente, son 22 muertos y hasta 50 heridos; encontrándose entre los muertos el dicho señor alcalde, el cobrador de contribuciones, dos guardias civiles, siete municipales, algunos escribientes y algunos paisanos internacionalistas, como también D. Pedro Cort, que se encontraba escondido en su casa, y cuya muerte ha sido muy sentida por todos.

Las casas incendiadas con el petróleo, son: cuatro fábricas de paños, una de papel y hasta veintidos de particulares, pero todas pertenecientes al comercio de ropas y varios géneros.

Los internacionalistas han estado posesionados de la población hasta ayer 12, a las once de la noche, pero siempre muy valientes y amenazando con el petróleo y la destrucción, escondiéndose ó marchando a dicha hora, no sin antes haber recibido una fuerte indemnización.

El haber intervenido en todos los asuntos el digno señor Cura de la parroquia de Santa María, D. Manuel Benlloch, persona muy apreciada por todas las clases, ha sido la causa de que no haya habido más víctimas, y de que terminara el conflicto cuanto antes, por lo que los hijos de Alcoy le estamos muy agradecidos.

A la hora que termino estas líneas, que son las once de la mañana, está entrando el capitán general, el señor gobernador y algunas fuerzas de infantería, carabineros, voluntarios de Valencia, caballería, un tren de batir con cuatro piezas, fuerzas que siempre llegan cuando el mal ya ha terminado.

Sin otro particular, se repite y ofrezco de Vd. —Un suscriptor.»

EL COMBATE DE ALPENS

REFERIDO POR LOS SOLDADOS.

Señor director de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

EL LUSANÉS, 12.

Es espantoso el relato que acaban de hacerme tres soldados venidos del ejército de Saballs, procedentes de la columna del valiente Cabrinetty, derrotada y destruida el 9 por la noche en la misma población de Alpens. Traen del héroe y pundonoroso caudillo el competente indulto, y dicen así: «Avisado Cabrinetty de la presencia de Saballs con 600 de los suyos, nos dirigimos en su persecución, y divididos cerca de la población citada, se trabó un fuego nutrido hasta que Saballs se declaró en retirada, entrando en la población.

«Creo Cabrinetty que allá le cogería seguro, y nos dirigimos sin demora y a marcha forzada hacia el interior de la población, y al momento que entró el jefe, recibió este con su Estado mayor una descarga a boca de jarro, quedando aquel herido del brazo: entre tanto la vanguardia sostenía el fuego contra los fugitivos en la misma calle. Una segunda descarga pasó el cuello y pecho del brigadier, cayendo al instante cadáver, igualmente que su caballo.

«Su asistente acribilló en el mismo acto, al quererle arrebatarse su precioso reloj. Desde entonces el desaliento y el desorden cundió en nuestras filas, y nada pudo para detenernos los gritos ni los esfuerzos de nuestros capitanes. Asaltamos las casas, y desde ellas sostuvimos el fuego contra los carlistas, que a manera de moscas iban entrando por todos los puntos de la población, formando un ejército de más de

dos mil combatientes, con lo que entendimos la tremenda emboscada que nos preparó el caudillo carlista.

«Duró el fuego hasta las cuatro de la madrugada, hora en que habiase apoderado ya el enemigo de todo el bagaje, caballería y artillería con dos cajones que contenían once arrobas en oro y plata. Algunos de los nuestros que no quisieron rendirse han muerto quemados dentro de las mismas casas, 844 caímos prisioneros y algunos 240 muertos y heridos; no podemos fijar el número de heridos, que de entrambas partes han sido muchísimos.

«Venían con nosotros los republicanos que dos días antes pegaron fuego al pueblo de San Quirico de Borja por haberse rendido a las intenciones de Saballs; de estos, los que no sucumbieron en el combate, fueron pasados por las armas inmediatamente, en premio de la venganza que se tomaron contra el pueblo indefenso e inculpable. Nosotros debemos, en verdad, alabar el comportamiento que Saballs ha observado con los prisioneros.

«Si bien nos han tomado los carlistas lo mejor que llevábamos en vestido y armamento, nos ha dejado libres y entregado algún dinero para el camino.»

Esta es la narración, señor director; dejo a su consideración de Vd. la gloria de que se ha cubierto el invicto Saballs, quien dicen fué el héroe del combate, bien que dicen estaban con él los infantes con su ejército. Cabrinetty estuvo tendido algunas horas en la plaza de Alpens en medio de los dos cañones tomados. Toda esta narración viene confirmada por los paisanos que llegan del punto de la catástrofe.

Queda de Vd. afectísimo servidor y suscriptor.—X.»

CRÓNICA DE LA GUERRA.

VASCONGADAS Y NAVARRA.—Las siguientes noticias son de *La Correspondencia*:

«Después de haber hecho una defensa de ocho horas contra la facción Dorregaray, los voluntarios de Cirauqui han tenido que rendirse. Las facciones, según noticias, se dirigen hacia Estella, cuyo punto parece que tratan de atacar.

«Ayer tarde envió el general Lagunero un telegrama desde Bilbao que anunciaba el regreso a Madrid de un capitán Sr. Galán y varios licenciados del batallón de Novillas.

«Parece que se van a hacer algunas variaciones de jefes de las columnas del Norte.

«El brigadier Villapadierna ha tomado el mando de la división de la Rivera, habiendo llegado hoy a Larraga, donde espera noticias del movimiento de las facciones, para ordenar los suyos.

«Hasta las dos de la tarde de hoy no se tenía noticia de la llegada a Vitoria del general Sánchez Bregua.

«El brigadier Gardiner, que se ha encargado del ejército reunido en Vitoria, ha dispuesto que salgan ya algunas fuerzas a operaciones.

«En cinco millones diarios se calcula el gasto del ejército del Norte.

La Epoca dice:

«La situación del Norte no puede ser más aflictiva. No hay jefe que se atreva a llevar las tropas de la República al combate. La insubordinación es completa; excepto la división Portilla, todos los soldados de las demás columnas piden la licencia y se niegan a batir a los carlistas.»

El Tiempo:

«Asegúrase hoy, por quien debe saberlo, que las operaciones contra los carlistas del Norte están suspendidas desde hace ocho días, por la falta de recursos de aquel ejército.»

«Con referencia a una comunicación del gobernador de Pamplona, se dice que la guarnición se niega a batirse con los carlistas.

«Decíase esta tarde que la facción Elfo batió ayer a los voluntarios de Cirauqui, a los que ocasionó muchas bajas.

«El capitán general de las Vascongadas y Navarra, Sr. Búrjós, ha considerado como un desatado a su persona el haber conferido al brigadier Gardiner el mando del ejército del Norte, por lo que ha anunciado la dimisión de su cargo.

«Apénas naciste...»

De los prisioneros de Eranl sólo han sido puestos en libertad los Sres. Navarro y Acellana, pero hay esperanzas de que los cincuenta y tres restantes lo sean en breve.

CATALUÑA.—*La Correspondencia*, multiplicando a Saballs, dice:

«A las ocho de la mañana de ayer empezó Saballs el ataque de Puigcerdá. El vecindario y la guarnición resistían heroicamente.

«El teniente coronel Vega salió ayer de Barcelona con una columna para reemplazar a la de Cabrinetty en la alta montaña. Esta y la de Seo de Urgel deben socorrer a Puigcerdá, si llegan a tiempo.

«Saballs se hallaba esta mañana sobre Pont de Reventi, y el titulado infante D. Alfonso sobre Prats de Llusanas. Se le atribuye el propósito de atacar a Pont de Reventi.

«La facción Saballs entró ayer en Bagá, haciendo prisionero el destacamento. Los carlistas se han dirigido a Berga.

«El general Acosta ha tomado hoy posesión de la capitania general de Cataluña.»

En *El Tiempo* leemos:

«Parece que Saballs, al licenciarse a los prisioneros de la columna Cabrinetty, dió un duro a cada soldado para el viaje. La cantidad no es grande; pero, como al mismo tiempo les quitaba el fusil, el favor era doblado.»

«Según detalles exactos de la derrota de la columna Cabrinetty, adquiridos por un oficial de caballería herido, y el médico de la columna, murieron en la acción el brigadier Cabrinetty y tres oficiales más. La tropa tuvo 50 muertos y 49 heridos, que han llegado a Vich, 700 prisioneros y más de 100 dispersos, que han ido presentándose en distintos puntos.

Los carlistas se apoderaron de dos piezas de artillería y el material de veintitantos acémilas, botiquines y camillas, con más de 700 armas.

Las bajas de los carlistas han sido también considerables. La facción reunida pasaba de 3000 hombres, que ocupaban las casas y salida del pueblo.

A la llegada de la columna, a cuya vanguardia iba Cabrinetty, se le hizo una descarga desde el extremo de la calle por donde marchaba, causándole una herida en el cuello, de la que murió a los pocos momentos. La fuerza se desbandó, ocupando algunas casas, donde hubo más ó menos resistencia, rindiéndose a las pocas horas.

El Imparcial publica las siguientes noticias:

«Aunque no se tenían noticias de Puigcerdá. Créese que los carlistas no han formalizado aun el ataque de aquella villa, ó se han retira-

do ante la proximidad de los socorros que se han enviado de Girona y Barcelona.

«Cueña y Segarra se han corrido hacia el Maestrazgo, sin duda para fomentar la insurrección de aquella comarca.

«En Hija se ha turbado el orden al grito de viva D. Carlos, habiéndose disparado algunos tiros que dieron por resultado algunos heridos.

«De Logroño participaban ayer que no se tenían noticias de las facciones ni de las columnas.

«Una partida carlista ha entrado en Salvatierra, llevándose algunos fondos y en rehenes a varias personas de aquella población.

«Los soldados del Norte exigen su licencia absoluta.»

En el consejo celebrado ayer mañana se declaró la crisis que hace días estamos anunciando, siendo oficialmente comunicado a la Asamblea desde el banco azul por el señor Carvajal, ministro de Hacienda.

Infinitos parece decir a nuestros lectores las causas que han influido en la descomposición del cuarto Gobierno de la República; el estado del país, por un lado, la profunda división de la Asamblea por otro, y la defección del Sr. Pi, que con armas y bagajes se ha pasado al campo intranquilo, son hechos de todos conocidos para que nosotros nos entretengamos en reseñarlos, hoy que el tiempo nos apremia y tenemos necesidad de espacio para el cúmulo de originales que por todas partes nos agobia, dándonos cuenta de los sucesos graves y trascendentes que están acaeciendo en España.

Usando el Sr. Pi de las facultades que le confirió la Asamblea para resolver por sí mismo las crisis, anoche conferenció con varios hombres importantes de la izquierda de la Cámara, entre ellos los Sres. Navarrete, Calles, Benot, Santa María, Lafuente y otros. Dicese que en estas conferencias se trató principalmente del modo de resolver la crisis, y que todas las opiniones se inclinaron a formar un Gobierno compuesto exclusivamente de intranquilos y sin que se diese participación alguna al centro parlamentario.

No sabemos si esto será cierto; pero caso de serlo, parecemos que ha de encontrar serias dificultades el Sr. Pi para sacar triunfante su candidatura en la Asamblea; y la razón es muy clara; dando participación al centro en el ministerio, esta facción unida a la izquierda forman la mayoría de la Cámara; pero no verificándose esta fusión, la derecha es la que reúne más votos con los cuales puede derribar al Sr. Pi, quitándole sus facultades y hacer que las Cortes vuelvan a tener todas sus prerrogativas.

Sin duda, para acordar la conducta que deben seguir, se han reunido hoy por la mañana en el palacio del Senado los diputados que forman la derecha de la Asamblea, de cuya reunión se esperan trascendentes acuerdos, pues nunca como en los momentos actuales pueden influir sus resoluciones en el porvenir de la República.

Si la derecha cede, queda anulada por completo y entregada España a los intranquilos, que desde el poder harán la revolución política, social y económica por medio de decretos, sumiendo a la nación en el caos más horrible; si por el contrario resisten y derrotan al Sr. Pi, formando un Gobierno conservador, al día siguiente estarán sublevadas las grandes poblaciones, y lo ocurrido en Alcoy y Cartagena ocurrirá en Barcelona, Valencia, Sevilla, Zaragoza y demás puntos que negarán su obediencia al Gobierno de Madrid, cuya esfera de acción no pasará de la capital.

Por este motivo nosotros creemos que la derecha concluirá por ceder y se inmolará, aceptando, ó al menos no combatiendo, al ministerio de la izquierda que parece tiene ya formado el Sr. Pi y Margall.

En la sesión de hoy debe resolverse esta cuestión, por lo cual creemos que será tempestuosa.

Entre los nombres que ayer circulaban, se indicaban los de los Sres. Calles, para Gobernación; Díaz Quintero, para Gracia y Justicia, y los Sres. Esteban, Pierrard y Navarrete para Guerra, Marina y Fomento.

Esto, sin embargo, es muy prematuro, pues a las altas horas de la noche todavía no se había pensado seriamente en formular una candidatura, esperando sin duda la resolución de la derecha para obrar en su consecuencia.

Hé aquí el oficio dirigido por el gobernador a los periódicos carlistas y que nosotros no hemos recibido todavía:

«Gobierno de la provincia de Madrid.—Secretaría.—Negociado 3.—Cumpliendo con las instrucciones que el Gobierno de la República, debidamente autorizado por la Asamblea Nacional se ha servido comunicarme, estoy en el caso de dirigir a Vd. la siguiente advertencia:

1.ª A contar desde el día de la fecha y hasta que el partido carlista abandone por completo el terreno de la fuerza para entrar en el campo de la legalidad común, a todos los españoles queda prohibido en absoluto sostener y defender la causa de D. Carlos, por medio de la prensa.

Las publicaciones en que se contravena a esta disposición serán suprimidas gubernativamente como lo serán también, a más de ser entregados a los tribunales, los periódicos, hojas, folletos, etc., en que se excite a la rebelión a favor de la referida causa.

2.ª La publicación de noticias ostensiblemente falsas y lanzadas con el fin de producir determinados efectos se considerará también causa bastante, aunque las noticias fuesen tomadas de otros periódicos, para imponer el mismo correctivo.

Hechas estas advertencias ré

La Regeneración halla en la preinserta comunicación una diferencia con lo que se dijo de palabra en el gobierno civil á los periodistas carlistas, que no dudamos será hija de omisión involuntaria. No se habla en el oficio de las tres advertencias; y sin embargo, además de estar consignadas en la circular del dictador Pi, habló de ellas también el señor secretario del gobierno civil.

En cambio hay una cosa de más en la orden del señor gobernador.

Supone que es causa de suspensión insertar en un periódico carlista noticias ostensiblemente falsas y lanzadas con el fin de producir determinados efectos, aunque sean tomadas de otros periódicos; cuando la circular del Gobierno nada de eso dice, y solo previene, como disposición común á todos los periódicos é impresos, que cuando se publiquen acerca del estado y de los sucesos de la guerra noticias falsas, se entregue á los autores ó editores á los tribunales de justicia para que sean castigados con arreglo al Código penal.

¿Cómo sabemos nosotros cuándo se puede copiar una noticia y cuándo no? Y si no lo sabemos, ¿cómo delinquimos? Y si no delinquimos, ¿cómo se nos ha de castigar?

La abundancia de original nos impide publicar un comunicado que hemos recibido de San Lúcar de Barrameda, suscrito por el señor D. A. J. Gonzalez, autoridad local de aquella población durante los últimos acontecimientos.

En este comunicado rectifica el Sr. Gonzalez una noticia comunicada á nuestro periódico, en la cual se decía que la opinión general era que la autoridad superior de la provincia en unión de la local, habían preparado la revolución allí consumada.

El comunicante asegura que esto es completamente falso, y que su conducta en estos acontecimientos tendió á evitar el mayor número de males, procurando que no quedasen rencillas y discordias para el porvenir, en vista de la imposibilidad en que se encontraba de impedir unos sucesos que repetidamente había anunciado á las autoridades superiores.

Asegura también el Sr. Gonzalez que la Guardia civil abandonó aquella población por orden de su jefe, el cual la dió en vista de que carecía de provisiones, y de que no podía maniobrar en la población, completamente llena de barricadas.

Queda complacido el comunicante.

Según *El Imparcial*, si se formara un ministerio muy marcado en sus tendencias reformistas, teniendo el propósito de plantear las impremeditadamente, no sería extraño que los diputados aragoneses y catalanes se marcharan á Zaragoza, y constituidos allí, organizaran aquellos dos cantones.

Si esto es cierto, parecemos que ya pueden ir disponiendo su viaje estos señores, pues todas las señales indican que quizá mañana ocupen las poltronas ministeriales los sublevados de Alcoy, Cartagena y Málaga.

Cinco meses más de República federal concluyen por borrar á España del mapa.

Por la primera vez hemos visto, desde que el liberalismo impera, que la Cámara se dirija al ejército, como lo hace en la siguiente allocucion

«A las clases de tropa del ejército español.—La minoría de la Asamblea Constituyente, que ha estudiado con detenimiento la necesidad de dirigirse hoy su voz amiga, no puede ser para vosotros, por ningún concepto sospechosa: procedéis del seno de familias pobres y trabajadoras, cuya felicidad es el sueño más puro de vuestra existencia; y las doctrinas que nosotros sustentamos y defendemos tienen por término más principal llevar la dicha posible al proletariado por el camino de la democracia en su forma única realizable: la República federal.

Son muchos y poderosos los enemigos en España de esta forma de gobierno; pero serán estériles cuantas maquinaciones pongan en juego para destruir, si no cuentan con vosotros, si no consiguen arrastraros á defender otra bandera, enemiga del derecho; el derecho, que es la garantía sola del mejoramiento de la clase social en que habeis nacido.

Vosotros no seguís, de seguro, esa bandera; vosotros no podéis cometer el crimen del suicidio.

La República federal es además la forma de gobierno que las Cortes soberanas han votado como ley; estáis, pues, en el caso de ser á ella fieles, por deber y por conveniencia; como soldados y como patriotas; como individuos de la fuerza pública, mantenedores de la legalidad que se ha dado la nación libremente, y como hijos de vuestras queridas madres.

Los partidos políticos que han conducido al país al extremo de perturbación en que hoy se halla, se agitan en la sombra, con incansable actividad para lograr que el ejército proclame una república unitaria, vanguardia del advenimiento al trono de D. Alfonso de Borbon.

Soldados: nosotros, que aspiramos á que la fuerza pública democrática de España sirva de modelo á los pueblos civilizados, por su ilustración y respeto á una ordenanza racional, no podemos aconsejaros otra cosa, dentro de la República federal, sino el más resuelto ánimo contra las huestes carlistas, á los que sufrís las penalidades de la campaña, y la obediencia á vuestros jefes, así á los que guerreáis, como á los que guarneceis las provincias que se hallan en paz.

Pero si alguien sea cualquiera su graduación militar, ó gerarquía civil, sean las que fueren sus relaciones con nosotros, quiere que os alceis en armas al grito de «viva la República unitaria» ¡viva D. Alfonso de Borbon! ó otro cualquiera, distinto de «viva la República federal» contestadle, si contestadle inmediatamente; pero haciéndolo con las bocas de vuestras carabinas.

Soldados: ¡viva la República democrática federal!

Madrid, 13 de Julio de 1873.—José María Orens.—Francisco Díaz Quintero.—Ramon Cala.—Luis Blanc.—Alberto Arous.—Leon Merino.—Emigdio Santamaría.—José María Ugarte.—Francisco Valero.—Ramon Moreno.—José Vicente Agusti.—Antonio Galvez Arce.—José Ramon Fernandez.—Antonio las Casas Jenestroni.—Leon Taitel.—Ramon Saldaña.—Nicolás Laborda.—Rafael Veredas.—Vicente de Caso y Diaz.—Alfredo Sauvalle.—Angel de Torres Gomez.—Pedro Bernard.—Antonio Sabau.—Francisco Casado.—Pedro Montemayor.—Pascual Caldes.—José Perez Guillen.—Francisco Chirivella.—José Lluch.—José Rodriguez Sepúlveda.—Angel Armentia.—Ramon Castellanos.—Mariano Garcia Criado.—Alberto Ruiz Royo.—Francisco Gonzalez Chermá.—Antonio Alfaro Jimenez.—Serafin Olave.—Cesáreo Solfarino.—Nemesio Torre Mendietta.—Cesáreo

Rivera.—Romualdo Lafuente.—Cirilo Tejerina.—Pedro Martin Benitas.—Francisco Forasté.—Miguel Daufi.—Aniano Gomez.—Jerónimo Poveda Nougueron.—Santiago Riesco.—Mariano Galiana.—Juan Alcoba Cabrera.—Roque Barcia.—Fernando Pierrard.—Juan Domingo Pineo.—Juan Contreras.—Nicolás Estébanez.—José Navarrete.—Eduardo Benot.—Silvestre Haro.—Juan Felid.

Mal, muy mal andan las cosas de la situación. Discurriendo *La Igualdad* sobre esto, parece que prevé la muerte de la República, y dice:

«No estamos conformes con el sistema de conducta adoptado por algunos correligionarios respecto al Gobierno, y mucho menos con los procedimientos insensatos de los que, en vez de organizarse para hacer frente á la reacción que nos desborda y unir todas sus fuerzas para combatir al carlismo, hoy pujante, amenazador y envilecido con nuestras lamentables discordias y punible abandono, excitan al pueblo á la rebelión ó se alzan en armas contra la Asamblea Nacional y contra el Gobierno de la República, provocando una nueva lucha fratricida, que, si llegara á generalizarse, tendría por único é infalible resultado la muerte de la libertad, la humillación de la patria y la vergüenza eterna de nuestro partido.

Por si ese caso llegase, como llegará si no hay un cambio completo de conducta, así de parte del Gobierno y de la Asamblea como de las fracciones republicanas que le hacen una oposición implacable y de las parcialidades que se han declarado en abierta rebelión contra el poder central, nosotros, que no hemos contribuido ni en poco ni en mucho, ni contribuiremos jamás, á ese fatal desenlace, declaramos de ahora para siempre toda responsabilidad sobre los causantes de la inesperada y horrible catástrofe que nos amenaza, y les emplazamos ante la severa opinión del gran partido republicano federal, víctima de la vanidad, de las torpezas, de las bastardas ambiciones ó de las pasiones mezquinas de un corto número de individualidades, y ante el tribunal de la conciencia pública y el fallo inexorable de la historia.»

Con motivo de los dolorosísimos sucesos de Alcoy, el Excmo. é Ilmo. señor Arzobispo de la diócesis de Valencia ha dirigido al Clero y fieles de dicha ciudad la siguiente allocucion en que resplandecen los más tiernos y hermosos sentimientos de amor y caridad cristiana. Dice así:

«Amadísimos hijos: Mi corazón se halla penetrado de profundo dolor al contemplar los terribles y desconsoladores sucesos de que está siendo teatro la religiosísima, rica é industriosa ciudad de Alcoy. Objeto poco ha de consuelo, se halla convertida hoy en lugar de quebranto y desolación.

El humo de los incendios, ennegrece aquella laboriosa ciudad, y la sangre de las víctimas enrojece sus calles.

Las víctimas son mis hijos y vuestros hermanos en Jesucristo.... El dolor traspasa mi corazón y las lágrimas brotan de mis ojos. Quisiera poner remedio á tantos males; pero involuntariamente, aunque paternal, es impotente.

Recurro humilde á Dios Nuestro Señor y á vosotros. A Dios, para que se digne apartar de aquella ciudad y de nosotros los rigores de su justicia, favoreciéndonos con los raudales de su misericordia.

A vosotros, sin distinción de clases ni matices, para que me ayudeis á pedir y alcanzar del Señor esta gracia.

Al efecto, os ruego que mañana domingo acudáis á vuestra parroquia, en cuya Misa conventual se expondrá á Su Divina Majestad, y allí, arrodillados humildemente, digáis muchas veces con tierno corazón: «Señor, perdona, perdona á vuestro pueblo, hasta ya de vuestra justicia, y venga sobre nosotros vuestra misericordia.»

Apresurados todos á enviar á los alcoyanos este consuelo religioso en medio de sus imponderables aflicciones.

Os bendice cariñoso vuestro amantísimo Prelado MARIANO, Arzobispo de Valencia.»

La sesión de ayer fué deplorable. Hubo inconveniencias mayúsculas. Allí el señor ministro de Ultramar defendió la insurrección, diciendo que si procede de sus correligionarios, él no la combatirá. Pues, ¿se considera el señor ministro de Ultramar en correligion con los insurrectos? ¿No va el señor Suñer que atacando rudamente á los carlistas y pidiendo la impunidad para los republicanos da lugar á que se diga que establece una ley de castas? Los insurrectos republicanos, en tanto cuanto se insurreccionan contra lo que garantiza el derecho, no son ni más ni menos que los insurrectos carlistas ó de cualquier otro partido. Y el Gobierno no es Gobierno, sino á condición de mantener la ley para todos y contra todo el que la infrinja.

Pero la inconveniencia magna fué la acusación lanzada contra el Sr. Pi por algunos individuos de la derecha, tan intemperantes, que llegaron hasta llamar conculcador al jefe del Poder ejecutivo. Y no queremos decir más.

Esto lo dice *La Discusión*, periódico republicano.

El Sr. Suñer y Cardevila, ministro de Ultramar, declaró ayer desde el banco de los ministros y á la faz de la Asamblea, que combatiría hasta con las uñas y los dientes á los carlistas; pero que de ninguna manera autorizaría el que se emplease la fuerza con los republicanos que se alzaban en armas contra la Asamblea.

Ya lo saben, pues, los intransigentes, los demagogos, los socialistas que por todas partes levantan la cabeza: el Gobierno está dispuesto á no castigar sus desafueros; ya lo saben también las familias de las víctimas que estos inmolen, solo del cielo pueden esperar justicia, pues esta virtud ha sido también arrojada por los federales de la sociedad.

El Sr. Suñer y Cardevila, ministro de Ultramar, declaró ayer desde el banco de los ministros y á la faz de la Asamblea, que combatiría hasta con las uñas y los dientes á los carlistas; pero que de ninguna manera autorizaría el que se emplease la fuerza con los republicanos que se alzaban en armas contra la Asamblea.

Ya lo saben, pues, los intransigentes, los demagogos, los socialistas que por todas partes levantan la cabeza: el Gobierno está dispuesto á no castigar sus desafueros; ya lo saben también las familias de las víctimas que estos inmolen, solo del cielo pueden esperar justicia, pues esta virtud ha sido también arrojada por los federales de la sociedad.

El diputado republicano Sr. Abarzuza presentó ayer sobre la mesa del Congreso la renuncia de su cargo de diputado, después de las palabras del ministro de Ultramar.

Alabamos el paso del Sr. Abarzuza.

En los Estados Unidos circulaba una noticia muy grave para España. Por la iniciativa del Gobierno de Colombia, iba á reunirse un Congreso de representantes de las Repúblicas del Sud de América en Washington, á fin de discutir, de acuerdo con el Gobierno de los Estados Unidos, los medios de terminar pronto la guerra en Cuba por el reconocimiento de la independencia de la isla. Se proponía al Gobierno español una

indemnización de sesenta millones de duros que la misma isla se obligaría á pagar; y si no se aceptaba este medio, los aliados acudirían á la fuerza.

Estaria en carácter que aquellos republicanos hiciesen con sus hermanos de España lo que no se atrevieron á hacer con los monárquicos.

De todos modos, necesario es confesar que el Sr. Suñer les está preparando bien el terreno.

Hablando *La Igualdad* de la derrota de Cabrinetty y completo coto de su columna, dice:

«Durante la guerra civil de los siete años, en la que, como es sabido, se perdieron algunas batallas por el ejército liberal, pero se ganaron en mayor número, no hubo una en que los carlistas coparan un cuerpo ó sección de 100 soldados de caballería, ni aun de la mitad, y ciertamente no se comprende ese resultado, porque careciendo las facciones de buena y numerosa caballería, un escuadrón ha podido abrirse paso fácilmente y ponerse en salvo.

En cuanto á los presos de artillería, una vez copada é sorprendida la columna, tenían que seguir la suerte de esta; y si continuamos como hasta aquí, teniendo el ejército completamente desorganizado y sin hacer nada para moralizarle y disciplinarle, no tendrán los carlistas necesidad de fabricar ó comprar cañones para proveerse de la artillería que necesitan.

Verdad es que lo mismo va aconteciendo con los fusiles y demás armas, pertrechos y municiones, pues ya han aprendido el medio de proporcionárselas sin costarles un céntimo.

Y *La Discusión*, hablando de la insurrección de Cartagena, exclama:

En otras circunstancias este conato de insurrección nos parecería una locura; hoy nos parece un crimen, y el más negro, el más horrendo de los crímenes. ¿Cómo! ¿no sabeis los triunfos del absolutismo? ¿No sabeis que nuestro ejército, el ejército de la libertad, el ejército de la República viene sufriendo los descalabros sobre descalabros? Si promovéis desórdenes, si os levantaís en armas, obligaréis al Gobierno á distraer de las provincias del Norte las pocas fuerzas de que dispone, y en definitiva vuestra insurrección producirá este solo resultado: aumentar el poder de los carlistas. ¿Qué terrible responsabilidad para vosotros! ¡El absolutismo, balcón de nuestra pasada historia y deshonra de nuestra civilización presente, lejos de perecer, triunfa, y nosotros republicanos, nosotros, lejos de unirnos para aniquilarlo, le abrimos paso con nuestras luchas y nuestras contiendas!»

En verdad que están elocuentes los periódicos republicanos.

La *Gaceta* de hoy publica dos decretos del ministerio de la Guerra, nombrando capitán general de las Islas Canarias, al mariscal de campo don Federico Salcedo y San Roman; y presidente de la junta superior facultativa del cuerpo de Estado Mayor del ejército al brigadier D. Joaquín Hallegg y Baruteli.

SEGUNDA EDICION.

La reunión celebrada esta mañana en el Senado por la mayoría ha empezado por un discurso del Sr. Salmeron, en el cual ha sostenido que en el estado en que España se encuentra no hay más que dos políticas que seguir, una de contemplaciones y reformas que satisfaga á los rebeldes, y otra enérgica que inaugure un período de fuerza para restablecer el orden y hacer que todos acaten á la República, añadiendo que si esta segunda política prevaleciera, era necesario decretar la inmediata suspensión de sesiones después de constituido el ministerio conservador.

Después de alguna discusión se puso á votación este último punto, acordando la mayoría que en manera alguna se suspendieran las sesiones.

Esta tarde se celebra otra reunión secreta en el Congreso, en la cual quedará definitivamente arreglado el ministerio y la política que en lo sucesivo ha de regir los destinos de la República.

Tenemos, pues, que la derecha ha retrocedido en el camino de una política conservadora; teniendo en cuenta este antecedente podemos casi asegurar que la izquierda triunfará por completo, y que antes de poco ocuparán sus hombres más importantes y significados el banco azul.

El Sr. Anrich no ha podido entrar en Cartagena.

Los sublevados continuaban dueños por completo de la ciudad sin que fuesen á atacarlos fuerzas ningunas.

A las tres y media se ha abierto la sesión del Congreso, levantándose en seguida por no haber número bastante de diputados.

Según telegramas de Cartagena recibidos hoy en Madrid, son cinco las embarcaciones que han enarbolado bandera roja.

En Mércia se notaba grande agitación.

Hoy han celebrado los jefes de la mayoría y centro varias conferencias con objeto de ponerse de acuerdo en la cuestión de nombramiento de Gobierno.

A las cinco y media ha empezado la sesión secreta de la mayoría.

Dícese que la primera cuestión de que se han ocupado los diputados, ha sido de decidir si ha de discutirse en seguida la Constitución federal, habiendo sido afirmativo el acuerdo.

Después se ha presentado una proposición para que se dé el poder al Sr. Salmeron, con facultad de proponer á la Cámara la suspensión de las sesiones cuando lo juzgue conveniente.

Nada más había ocurrido á la hora avanzada en que cerramos este número.

A última hora se aseguraba que la agitación crecía notablemente en Barcelona.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

(De la Agencia Fabra.)

PARIS, 14.—En la Bolsa se han cotizado: El 3 por 100 francés á 56.30. El 5 por 100 idem á 91.45.

Consolidados ingleses, á 92 5/8. En el Bolsin se han hecho: El exterior español viejo á 19 5/16. El interior idem á 15 1/4.

SAN PETERSBURGO, 14.—El khan de Khiva ha declarado que se reconoce vasallo del czar de Rusia. En lo sucesivo el khamato de Khiva será una regencia dependiente de Rusia. El general ruso Kanfanan ha nombrado virey al khan destronado. Una de las primeras medidas del khan ha sido la abolición de la esclavitud.

LONDRES, 14.—Según las últimas noticias de Montevideo gana terreno la revolución de Entre-Ríos. Paraná está sitiado.

BOLSA DEL DIA 15.

Renta perpétua al 3 por 100, publicado, 16-10, 16-00 y 15-90; pequeños, 15-85. Renta perpétua exterior al 3 por 100, publicado, 20-15, 19-80 y 90. Bonos del Tesoro de 2,000 rs., 6 por 100 interés anual, publicado, 53-75, 50-35 y 50; no publicado, 52-00. Dichos en cantidades pequeñas, publicado, 53-60, 50-75, 53-00 y 52-70. Obligaciones generales por ferro-carriles, de 2,000 rs., publicado, 30-60. Idem, idem, idem, nuevas; publicado, 30-00, 29-80, 85 y 75. Obligaciones de 20,000 rs., publicado, 30-20. Acciones del Banco de España, no publicado, 152-00 p.

NOTICIAS GENERALES.

La temperatura máxima fué ayer en Madrid á la sombra de 30,3, y al sol de 36,6.

Según los partes recibidos, ayer no llovió en ninguna provincia.

La recaudación del arbitrio sobre artículos de comer, beber y arder, importó anteayer en Madrid 15,563 pesetas 70 céntimos.

Dícese que ha muerto en la cárcel de Sevilla el barbero y jefe intransigente Mingorance. Créese que fué de resultados de una paliza que allí le dieron sus mismos secuaces.

Dice un periódico—aunque no asegura haberlo visto—que todos los equipajes del shah están atados, á manera de cuerdas, con verdaderos chales de cachemira. El soberano persa lleva en riquísimas cajas una multitud de objetos indispensables á la etiqueta asiática, á más de una colección de cimitarras, sables, fusiles y pistolas; lleva gran número de cafeteras de plata, vasos de forma especial terminados como cuernos de cisne, y otros objetos extraños. Pretenden algunos que el shah bebe en una tetera; la verdad es que el oficial de guardia le presenta con una mano la tetera y con otra el aserrado, que es un vaso de la forma y tamaño de una sopera, en el cual toma te frío, que es su bebida más común.

La *Gaceta* de hoy publica el siguiente anuncio de la dirección del Tesoro público: «Caja general de depósitos.—Desde la fecha recibe la misma los pedidos de devolución de depósitos de efectos públicos, de diez á once de la mañana para los imponentes que deseen retirarlos en el mismo día, y de once á dos de la tarde para recibirlos el siguiente, menos los días de arqueo, que serán las operaciones á la una.

Madrid 15 de Julio de 1873.—El director general, José Manso.»

Escríben de Allariz á un periódico: «Una nube de piedra descargó sobre Becoste y Valderrobres ayer 12, que ha destruido completamente la cosecha, quedando los campos, especialmente los del primer punto citado, asolados, y la destrucción en el arbolado ha sido tal, que pocos quedan en pie. Se pueden hacer varias carretadas, me dicen, con la piedra que ha caído.

Ha destruido la mitad de una fábrica de papel de D. Ramon Miró, cuyos defectos se calculan en 6,000 duros, en la de Fon ha entrado el río inutilizando mucha pasta preparada para la fabricación, y la inundación ha sido como no se ha visto hace muchos años, arrasando el río muchísimos fajos de mieses, caballerías, corderos, y me aseguran que hasta personas.»

En Peña-Caballera, pueblo inmediato á Híjar, cayó días pasados una exalación en la sala del ayuntamiento, en ocasión de celebrarse un remate, quedando muerto en el acto el estancoero, que hacía de secretario, y heridos otros siete individuos.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Camilo de Leitis y San Enrique, emperador.

SANTO DE MAÑANA. El Triunfo de la Santa Cruz y Nuestra Señora del Carmen.

CULTOS.—Se gana el jubileo de cuarenta horas en la iglesia de monjas de Don Juan de Alarcón, donde por la comunidad de carmelitas maravillas se celebrará á Nuestra Señora del Carmen con Misa solemne y sermon, que predicará D. Manuel Uribe, y por la tarde preees y reserva.

En las comendadoras de Santiago, por las monjas carmelitas de Santa Ana, se celebrará á Nuestra Señora del Carmen con Misa mayor, manifestos y sermon, que predicará D. Miguel Nava.

En las comendadoras de Santiago, por las monjas carmelitas de Santa Ana, se celebrará á Nuestra Señora del Carmen con Misa mayor, manifestos y sermon, que predicará D. Miguel Nava.

En las comendadoras de Santiago, por las monjas carmelitas de Santa Ana, se celebrará á Nuestra Señora del Carmen con Misa mayor, manifestos y sermon, que predicará D. Miguel Nava.

En las comendadoras de Santiago, por las monjas carmelitas de Santa Ana, se celebrará á Nuestra Señora del Carmen con Misa mayor, manifestos y sermon, que predicará D. Miguel Nava.

En las comendadoras de Santiago, por las monjas carmelitas de Santa Ana, se celebrará á Nuestra Señora del Carmen con Misa mayor, manifestos y sermon, que predicará D. Miguel Nava.

En las comendadoras de Santiago, por las monjas carmelitas de Santa Ana, se celebrará á Nuestra Señora del Carmen con Misa mayor, manifestos y sermon, que predicará D. Miguel Nava.

En las comendadoras de Santiago, por las monjas carmelitas de Santa Ana, se celebrará á Nuestra Señora del Carmen con Misa mayor, manifestos y sermon, que predicará D. Miguel Nava.

En las comendadoras de Santiago, por las monjas carmelitas de Santa Ana, se celebrará á Nuestra Señora del Carmen con Misa mayor, manifestos y sermon, que predicará D. Miguel Nava.

En las comendadoras de Santiago, por las monjas carmelitas de Santa Ana, se celebrará á Nuestra Señora del Carmen con Misa mayor, manifestos y sermon, que predicará D. Miguel Nava.

En las comendadoras de Santiago, por las monjas carmelitas de Santa Ana, se celebrará á Nuestra Señora del Carmen con Misa mayor, manifestos y sermon, que predicará D. Miguel Nava.

En las comendadoras de Santiago, por las monjas carmelitas de Santa Ana, se celebrará á Nuestra Señora del Carmen con Misa mayor, manifestos y sermon, que predicará D. Miguel Nava.

En las comendadoras de Santiago, por las monjas carmelitas de Santa Ana, se celebrará á Nuestra Señora del Carmen con Misa mayor, manifestos y sermon, que predicará D. Miguel Nava.

En las comendadoras de Santiago, por las monjas carmelitas de Santa Ana, se celebrará á Nuestra Señora del Carmen con Misa mayor, manifestos y sermon, que predicará D. Miguel Nava.

En las comendadoras de Santiago, por las monjas carmelitas de Santa Ana, se celebrará á Nuestra Señora del Carmen con Misa mayor, manifestos y sermon, que predicará D. Miguel Nava.

En las comendadoras de Santiago, por las monjas carmelitas de Santa Ana, se celebrará á Nuestra Señora del Carmen con Misa mayor, manifestos y sermon, que predicará D. Miguel Nava.

3004 3041 3049 3064 3069 3103
3118 3134 3173 3282 3302 3304
3504 3610 3672 3680 3731 3829
3856 3931 3995

4056 4134 4144 4152 4215 4273
4291 4317 4412 4415 4433 4481
4504 4530 4557 4560 4656 4664
4723 4743 4775 4832 4880 4939

5007 5207 5316 5341 5378 5400
5497 5499 5508 5540 5544 5557
5575 5581 5712 5753 5816 5831

6004 6013 6051 6153 6196 6233
6273 6295 6371 6401 6408 6435
6505 6588 6602 6637 6643 6753
6818 6925

7000 7030 7077 7095 7124 7156
7202 7203 7213 7307 7384 7391
7474 7543 7644 7654 7674 7720
7794 7749 7751 7756 7778 7808
7873 7928 7933 7967 7995

8022 8091 8151 8207 8238 8298
8314 8336 8402 8421 8445 8465
8547 8611 8679 8682 8738 8819
8831 8894

9006 9097 9128 9193 9203 9220
9326 9332 9357 9360 9392 9399
9439 9481 9581 9589 9655 9703
9804 9809 9908 9909

10000 10047 10055 10141 10313 10314
10328 10366 10387 10502 10522 10525
10586 10687 10719 10732 10932 10944
10956 10977 10998

11022 11048 11063 11081 11083 11088
11098 11119 11163 11183 11222 11224
11255 11324 11331 11348 11389 11425
11481 11520 11536 11542 11603 11655
11672 11680 11692 11760 11802 11805
11849 11878 11917 11950 11990

12012 12049 12074 12091 12163 12256
12350 12448 12485 12490 12513 12520
12536 12543 12593 12621 12738 12795
12854 12874 12890 12960

13076 13090 13101 13105 13113 13183
13209 13211 13240 13268 13292 13297
13339 13344 13407 13412 13451 13494
13501 13592 13604 13662 13675 13677
13700 13712 13727 13735 13742 13772
13817 13819 13850 13910 13952 13953
13998

14007 14095 14230 14245 14306 14512
14530 14572 14694 14777 14901 14921
14968 14979

15061 15069 15092